

Comedias originales

Leandro Fernández de Moratín



Aguado, Impresor de Cámara de S.M., Madrid, 1830

Exportado de Wikisource el 19 de enero de 2026

EL SÍ DE LAS NIÑAS.

COMEDIA.

Estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas.

ACTO III. ESCENA XIII.

Índice

(no listados originalmente)

[Advertencia](#)

[Acto primero](#)

[Acto segundo](#)

[Acto tercero](#)

ADVERTENCIA.

EL *Sí de las Niñas* se representó en el teatro de la Cruz el día 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis dias consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudia á verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entretanto se repetian las ediciones de esta obra: cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, excitada por las representaciones del teatro.

¡Cuánta debió ser entonces la indignacion de los que no gustan de la agena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus

privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los críticos folicularios: nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, no advertencias observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir, que los actores se esmeraron á porfia en acreditarla, y que solo excedieron al mérito de los demas, los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió María Ribera, por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo, y Andres Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy sostiene todavía con general aceptacion.

Acto primero

Escena primera

DON DIEGO, SIMÓN

(Sale DON DIEGO de su cuarto. SIMÓN, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON
DIEGO ¿No han venido todavía?

SIMÓN. No, señor.

DON
DIEGO. Despacio la han tomado, por cierto.

SIMÓN. Como su tía la quiere tanto, según parece, y
no
la ha visto desde que la llevaron a
Guadalajara...

DON SÍ. Yo no digo que no la viese, pero con
DIEGO. media

hora de visita y cuatro lágrimas, estaba
concluido.

SIMÓN. Ello también ha sido extraña determinación
la

de estarse usted dos días enteros sin salir de
la

posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y
sobre

todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas
desvencijadas, las estampas del hijo
pródigo, el

ruido de campanillas y cascabeles y la
conversación ronca de carromateros y
patanes,

que no permiten un instante de quietud.

DON Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me
DIEGO.

conocen todos el Corregidor, el señor Abad,
el

Visitador, el Rector de Málaga... ¡Qué sé
yo!

Todos... Y ha sido preciso sentarme quieto
y no
exponerme a que me hallasen por ahí, y no
he
querido que nadie me vea.

SIMÓN. Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues

¿hay más en esto que haber acompañado
usted a
doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del
convento a la niña y volvernos con ellas a
Madrid?

DON SÍ, hombre, algo más hay de lo que has
DIEGO. visto.

SIMÓN. Adelante.

DON Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber,
DIEGO. y

no puede tardarse mucho... Mira, Simón,
por
Dios te encargo que no lo digas... Tú eres
hombre de bien, y me has servido muchos
años
con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a
esa
niña del convento y nos la llevamos a
Madrid.

SIMÓN. Sí, señor.

DON
DIEGO. Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a
nadie lo descubras.

SIMÓN. Bien está, señor. Jamás he gustado de
chismes.

DON
DIEGO. Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la
verdad, nunca había visto a la tal doña
Paquita;

pero mediante la amistad con su madre he
tenido frecuentes noticias de ella; he leído
muchas de las cartas que escribía; he visto
algunas de su tía la monja, con quien ha
vivido
en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos
informes pudiera desear acerca de sus
inclinaciones y su conducta. Ya he logrado
verla; he procurado observarla en estos
pocos
días, y a decir verdad, cuantos elogios
hicieron
de ella me parecen escasos.

SIMÓN. Sí, por cierto... Es muy linda y...

DON Es muy linda, muy graciosa, muy humilde...
DIEGO. Y

sobre todo ¡aquel candor, aquella inocencia!
Vamos, es de lo que no se encuentra por
ahí... Y
talento... Sí señor, mucho talento... Con
que,
para acabar de informarte, lo que yo he
pensado

es...

|}

Escena primera 2

DON DIEGO, SIMÓN

(Sale DON DIEGO de su cuarto. SIMÓN, que está sentado en una silla, se levanta.)

SIMÓN . Porque ya lo adivino. Y me parece excelente

idea.

DON . ¿Qué dices?
DIEGO

SIMÓN . Excelente.

DON . ¿Con que al instante has conocido?...

DIEGO

SIMÓN . ¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted

que me parece muy buena boda. Buena, buena.

DON . Sí señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo
DIEGO por

cosa muy acertada.

SIMÓN . Seguro que sí.

DON . Pero quiero absolutamente que no se sepa
DIEGO hasta

que esté hecho.

SIMÓN . Y en eso hace usted bien.

DON . Porque no todos ven las cosas de una
DIEGO manera, y

no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me...

SIMÓN . ¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como ésa, eh?

DON . Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí.
DIEGO

Porque, aquí entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido que, si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos allá que... Pero esto no es del caso... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN . Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted

tiene ¿para quién ha de ser?

DON . Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una
DIEGO mujer

aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la

casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es

peor: regalonas, entremetidas, habladoras, llenas

de histérico, viejas, feas como demonios...

No

señor: vida nueva. Tendré quien me asista con

amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y...

SIMÓN . Pero siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden

decir?

DON . No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que
DIEGO la

boda es desigual, que no hay proporción en
la
edad, que...

SIMÓN . Vamos, que no me parece tan notable la
diferencia. Siete u ocho años, a lo más.

DON . ¿Qué, hombre? ¿Qué hablas de siete u
DIEGO ocho

años? Si ella ha cumplido diez y seis pocos
meses ha.

SIMÓN . Y bien, ¿qué?

DON . Y yo, aunque gracias a Dios estoy robusto
DIEGO y...

Con todo eso, mis cincuenta y nueve años
no
hay quien me los quite.

SIMÓN . Pero si yo no hablo de eso.

DON . Pues ¿de qué hablas?
DIEGO

SIMÓN . Decía que... Vamos, o usted no acaba de
explicarse, o yo lo entiendo al revés... En
suma,
esta doña Paquita ¿con quién se casa?

DON . ¿Ahora estamos ahí? Conmigo.
DIEGO

SIMÓN . ¿Con usted?

DON . Conmigo.

DIEGO

SIMÓN . ¡Medrados quedamos!

DON . ¿Qué dices...? Vamos, ¿qué?
DIEGO

SIMÓN . ¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON . Pues ¿qué creías? ¿Para quién juzgaste que
DIEGO la
destinaba yo?

SIMÓN . Para don Carlos, su sobrino de usted,
mozo de
talento, instruido, excelente soldado,
amabilísimo por todas sus circunstancias...
Para
ése juzgué que se guardaba la tal niña.

DON . Pues no señor.
DIEGO

SIMÓN . Pues bien está.

DON . ¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había
DIEGO de ir

a casar!... No señor, que estudie sus
matemáticas.

SIMÓN . Ya las estudia; o por mejor decir, ya las
enseña.

DON . Que se haga hombre de valor y...
DIEGO

SIMÓN . ¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un
oficial que en la última guerra, con muy
pocos
que se atrevieron a seguirle, tomó dos
baterías,

clavó los cañones, hizo algunos prisioneros
y
volvió al campo lleno de heridas y cubierto
de
sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted
entonces del valor de su sobrino, y yo le vi
a
usted más de cuatro veces llorar de alegría,
cuando el rey le premió con el grado de
teniente
coronel y una cruz de Alcántara.

DON . Sí, señor; todo es verdad; pero no viene a
DIEGO cuento. Yo soy el que me caso.

SIMÓN . Si está usted bien seguro de que ella le
quiere, si

no la asusta la diferencia de la edad, si su
elección es libre...

Escena primera 3

DON DIEGO, SIMÓN

(Sale DON DIEGO de su cuarto. SIMÓN, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON . Pues ¿no ha de serlo...? Doña Irene la escribió
DIEGO con anticipación sobre el particular. Hemos ido
allá, me ha visto, la han informado de cuanto
ha
querido saber, y ha respondido que está bien,
que admite gustosa el partido que se le
propone... Y ya ves tú con qué agrado me trata,
y qué expresiones me hace tan cariñosas y tan
sencillas... Mira, Simón, si los matrimonios
muy
desiguales tienen por lo común desgraciada
resulta, consiste en que alguna de las partes
procede sin libertad, en que hay violencia,
seducción, engaño, amenazas, tiranía
doméstica... Pero aquí no hay nada de eso. ¿Y
qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la
religiosa de Guadalajara si es mujer de juicio;
ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es
una señora de excelentes prendas; mira tú si
doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas
ellas me han dado cuantas seguridades puedo
apetecer. La criada, que la ha servido en
Madrid
y más de cuatro años en el convento, se hace
lenguas de ella; y, sobre todo, me ha informado

de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas, éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

SIMÓN . Yo nada, señor.

DON
DIEGO . Y no pienses tú que, a pesar de tantas seguridades, no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza, y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo... Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN . En fin, señor, yo desearé que salga como usted

apetece.

DON . Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal.
DIEGO Aunque el novio no es muy de tu gusto... ¡Y
qué
fuera de tiempo me recomendabas al tal
sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con
él?

SIMÓN . Pues ¿qué ha hecho?

DON . Una de las tuyas... Y hasta pocos días ha no
DIEGO lo
he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo
dos
meses en Madrid... Y me costó buen dinero la
tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado
está;
pero voy al asunto. Llegó el caso de irse a
Zaragoza a su regimiento... Ya te acuerdas de
que a muy pocos días de haber salido de
Madrid, recibí la noticia de su llegada.

SIMÓN . Sí, señor.

DON . Y que siguió escribiéndome, aunque algo
DIEGO perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMÓN . Así es la verdad.

DON . Pues el pícaro no estaba allí cuando me
DIEGO escribía
las tales cartas.

SIMÓN . ¿Qué dice usted?

DON . Sí, señor. El día tres de julio salió de mi casa,
DIEGO y
a fines de septiembre aún no había llegado a
sus
pabellones... ¿No te parece que, para ir por la

posta hizo muy buena diligencia?.

SIMÓN . Tal vez se pondría malo en el camino, y por
no

darle a usted pesadumbre...

DON . Nada de eso. Amores del señor oficial y
DIEGO devaneos que le traen loco... Por ahí, en esas
ciudades, puede que... ¿Quién sabe?... Si
encuentra un par de ojos negros, ya es hombre
perdido... ¡No permita Dios que me le engañe
alguna bribona de estas que truecan el honor
por
el matrimonio!

SIMÓN . ¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con
alguna fullera de amor, buenas cartas ha de
tener para que le engañe.

DON . Me parece que están ahí... Sí. Busca al
DIEGO mayoral,

y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN . Bien está.

DON . Ya te he dicho que no quiero que esto se
DIEGO trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN . No haya miedo que a nadie lo cuente.

(SIMÓN se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres, con mantillas y basquiñas. RITA deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

Escena segunda

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO

DOÑA FRANCISCA . Ya estamos acá.

DOÑA IRENE . ¡Ay! ¡qué escalera!

DON DIEGO . Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE . ¿Conque usted, a lo que parece, no ha salido?

(Se sientan DOÑA IRENE y DON DIEGO.)

DON DIEGO . No, señora. Luego, más tarde, daré una
vueltecilla por ahí... He leído un rato.
Traté de
dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA . Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala

peste en ellos. Anoche no me dejaron parar...
Pero mire usted, mire usted (Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo) cuántas cosillas traigo. Rosarios de nácar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... Mire usted qué bonita. Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay! Y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE Chucherías que la han dado las madres. Locas

estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA ¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre

tía, lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE Ha sentido mucho no conocer a usted.

DOÑA FRANCISCA Sí, es verdad. Decía: ¿Por qué no ha venido

aquel señor?

DOÑA IRENE El padre capellán y el rector de los Verdes nos

han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA Toma ***(Vuelve a atar el pañuelo y se le da a***

RITA, la cual se va con él y con las mantillas al

cuarto de DOÑA IRENE),
guárdamelo todo allí,
en la excusabaraja. Mira, llévalo así de
las
puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ¡Ya se ha
roto la
Santa Gertrudis de alcorza!

RITA . No importa; yo me la comeré.

Escena tercera I

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO

DOÑA FRANCISCA ¿Nos vamos adentro, mamá, o nos
quedamos
aquí?

DOÑA IRENE Ahora, niña, que quiero descansar un
rato.

DON DIEGO Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE ¡Y qué fresco tienen aquel locutorio!
Vaya, está
hecho un cielo...
(Siéntase DOÑA FRANCISCA junto a su madre.)

DOÑA
FRANCISCA Pues con todo, aquella monja tan gorda,
que se
llama la madre Angustias, bien
sudaba... ¡Ay!
¡cómo sudaba la pobre mujer!.

DOÑA IRENE Mi hermana es la que está bastante
delicadita.
Ha padecido mucho este invierno...
Pero, vaya,
no sabía qué hacerse con su sobrina la

buena
señora... Está muy contenta de nuestra
elección.

DON DIEGO Yo celebro que sea tan a gusto de
aquellas

personas, a quienes debe usted
particulares
obligaciones.

DOÑA IRENE Sí, Trinidad está muy contenta, y en
cuanto a

Circuncisión, ya lo ha visto usted. La
ha costado
mucho despegarse de ella; pero ha
conocido que
siendo para su bienestar, es necesario
pasar por
ello... Ya se acuerda usted de lo
expresiva que
estuvo, y...

DON DIEGO Es verdad. Sólo falta que la parte
interesada

tenga la misma satisfacción que
manifiestan
cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE Es hija obediente, y no se apartará
jamás de lo

que determine su madre.

DON DIEGO Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE Es de buena sangre, y ha de pensar
bien, y ha de

proceder con el honor que la
corresponde.

DON DIEGO Sí, ya estoy; pero ¿no pudiera, sin faltar
a su

honor ni a su sangre...?

DOÑA ¿Me voy, mamá?

FRANCISCA *(Se levanta y vuelve a sentarse.)*

DOÑA IRENE No pudiera, no señor. Una niña bien educada,

hija de buenos padres, no puede menos de
conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la
chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que
Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En
casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y
le hicieron, según me contaba su merced, para
enviársele a su tío carnal el padre fray Serapión
de San Juan Crisóstomo, electo obispo de
Mechoacán.

Escena tercera 2

DON DIEGO Ya.

DOÑA IRENE Y murió en el mar el buen religioso,
que fue un

quebranto para toda la familia... Hoy
es, y
todavía estamos sintiendo su muerte;
particularmente mi primo don
Cucufate,
Regidor perpetuo de Zamora, no puede
oír
hablar de Su Ilustrísima sin deshacerse
en
lágrimas.

DOÑA
FRANCISCA Válgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO Eso bueno es.

DOÑA IRENE Sí, señor; pero como la familia ha
venido tan a

menos... ¿Qué quiere usted? Donde no
hay
facultades... Bien que, por lo que
puede tronar,
ya se le está escribiendo la vida; y
quién sabe
que el día de mañana no se imprima,
con el
favor de Dios.

DON DIEGO Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE Lo cierto es que el autor, que es
sobrino de mi

hermano político, el canónigo de
Castrojeriz, no
la deja de la mano; y a la hora de ésta
lleva ya
escritos nueve tomos en folio, que
comprenden

los nueve años primeros de la vida del
santo
obispo.

DON DIEGO ¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE Sí, señor, ese plan se ha propuesto

DON DIEGO ¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE De ochenta y dos años, tres meses y
catorce
días.

DOÑA
FRANCISCA ¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE Anda, vete. ¡Válgate Dios, que prisa
tienes!

DOÑA FRANCISCA ¿Quiere usted (Se levanta y después de hacer

una graciosa cortesía a DON DIEGO, da un beso a DOÑA IRENE y se va al cuarto de ésta) que le haga una cortesía a la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO Sí, hija mía. A ver.

DOÑA FRANCISCA Mire usted, así.

DON DIEGO ¡Graciosa niña! ¡Viva la Paquita, viva!

DOÑA FRANCISCA Para usted una cortesía, y para mi mamá un

beso.

Escena cuarta I

DOÑA IRENE, DON DIEGO

DOÑA Es muy gitana y muy mona, mucho.
IRENE

DON Tiene un donaire natural que arrebatara.
DIEGO

DOÑA ¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni
IRENE
embelecados de mundo, contenta de verse
otra vez
al lado de su madre, y mucho más de
considerar
tan inmediata su colocación no es
maravilla que
cuanto hace y dice sea una gracia, y
máxime a
los ojos de usted, que tanto se ha

empeñado en
favorecerla.

DON DIEGO Quisiera sólo que se explicase libremente
acerca

de nuestra proyectada unión, y...

DOÑA IRENE Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO Sí, no lo dudo; pero el saber que la
merezco

alguna inclinación, oyéndoselo decir con
aquella boquilla tan graciosa que tiene,
sería
para mí una satisfacción imponderable.

DOÑA IRENE No tenga usted sobre ese particular la más
leve

desconfianza; pero hágase usted cargo de
que a
una niña no la es lícito decir con

ingenuidad lo
que siente. Mal parecería, señor don
Diego, que
una doncella de vergüenza y criada como
Dios
manda, se atreviese a decirle a un hombre:
yo le
quiero a usted.

DON Bien, si fuese un hombre a quien hallara
DIEGO por

casualidad en la calle y le espetara ese
favor de
buenas a primeras, cierto que la doncella
haría
muy mal; pero a un hombre con quien ha
de
casarse dentro de pocos días, ya pudiera
decirle
alguna cosa que... Además, que hay ciertos
modos de explicarse...

DOÑA Conmigo usa de más franqueza. A cada
IRENE instante

hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene...
¡Con qué juicio hablaba ayer noche, después que usted se fue a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírla.

DON
DIEGO ¿Y qué? ¿Hablabas de mí?

DOÑA
IRENE Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es

para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta...

DON
DIEGO ¡Calle! ¿Eso decía?

DOÑA
IRENE No, esto se lo decía yo, y me escuchaba con una

atención como si fuera una mujer de
cuarenta
años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y
ella,
que tiene mucha penetración, aunque me
esté
mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor,
el
ver cómo se hacen los matrimonios hoy en
el
día? Casan a una muchacha de quince años
con
un arrapiezo de dieciocho, a una de
diecisiete
con otro de veintidós: ella niña, sin juicio
ni
experiencia, y él niño también, sin asomo
de
cordura ni conocimiento de lo que es
mundo.
Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién
ha
de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar
a los
criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir a
los
hijos? Porque sucede también que estos
atolondrados de chicos suelen plagarse de

criaturas en un instante, que da compasión.

Escena cuarta II

DON Cierta que es un dolor el ver rodeados de
DIEGO hijos a

muchos que carecen del talento, de la
experiencia y de la virtud que son
necesarias
para dirigir su educación.

DOÑA Lo que sé decirle a usted es que aún no
IRENE había

cumplido los diecinueve cuando me casé
de
primeras nupcias con mi difunto don
Epifanio,
que esté en el cielo. Y era un hombre que,
mejorando lo presente, no es posible
hallarle de
más respeto, más caballeroso... Y, al
mismo
tiempo, más divertido y decidor. Pues, para
servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis,

muy
largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON Buena edad... No era un niño, pero...
DIEGO

DOÑA Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme
IRENE en

aquel entonces un boquirrubio con los
cascos a
la jineta... No, señor... Y no es decir
tampoco
que estuviese achacoso ni quebrantado de
salud,
nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios,
como
una manzana; ni en su vida conoció otro
mal,
sino una especie de alferecía que le
amagaba de
cuando en cuando. Pero luego que nos
casamos,
dio en darle tan a menudo y tan de recio,
que a
los siete meses me hallé viuda y encinta de
una

criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON ¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesión el
DIEGO bueno de

don Epifanio...

DOÑA Sí, señor; pues ¿por qué no?
IRENE

DON Lo digo porque luego saltan con... Bien
DIEGO que si

uno hubiera de hacer caso... ¿Y fue niño o niña?

DOÑA Un niño muy hermoso. Como una plata era
IRENE el

angelito.

DON Ciertó que es consuelo tener, así, una

DIEGO criatura,

y...

DOÑA ¡Ay, señor! Dan malos ratos; pero ¿qué
IRENE importa?

Es mucho gusto, mucho.

DON Yo lo creo.
DIEGO

DOÑA Sí, señor.
IRENE

DON Ya se ve que será una delicia y...
DIEGO

DOÑA ¡Pues no ha de ser!
IRENE

DON Un embeleso el verlos jugar y reír, y
DIEGO

acariciarlos, y merecer sus fiestecillas
inocentes.

DOÑA ¡Hijos de mi vida! Veintidós he tenido en
IRENE los

tres matrimonios que llevo hasta ahora, de
los
cuales sólo esta niña me ha venido a
quedar;
pero le aseguro a usted que...

Escena quinta

DOÑA IRENE, RITA

DOÑA ¡Válgame Dios! Ahora que me acuerdo...
IRENE

¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA Señora.

(Saca debajo del brazo unas sábanas y almohadas.)

DOÑA ¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de
IRENE comer?

RITA Sí, señora. Más ha comido que un avestruz.
 Ahí
 le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA ¿Hiciste las camas?
IRENE

RITA La de usted ya está. Voy a hacer esotras
 antes
 que anochezca, porque si no, como no hay
 más
 alumbrado que el del candil y no tiene
 garabato
 me veo perdida.

DOÑA Y aquella chica, ¿qué hace?
IRENE

RITA Está desmenuzando un bizcocho para dar de
cenar a don Periquito.

DOÑA ¡Qué pereza tengo de escribir! (Se levanta y
IRENE se
entra en su cuarto.) Pero es preciso, que
estará
con mucho cuidado la pobre Circuncisión.

RITA ¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como
quien
dice, que salimos de allá, y ya empiezan a ir
y
venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las
mujeres gazmoñas y zalameras!

***(Éntrese en el cuarto de DOÑA
FRANCISCA.)***

Escena sexta

CALAMOCHA

CALAMOCHA *(Sale por la puerta del foro con unas maletas, botas y un látigo. Lo deja todo sobre la mesa y se sienta en el banco.)*

¡Con que ha de ser el número tres! Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colección de bichos más abundante no la tiene el Gabinete de Historia Natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay!, ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias a que los caballitos dijeron: no podemos más, que si no, por esta vez

no veía yo el número tres, ni las plagas
de
Faraón que tiene dentro... En fin, como
los
animales amanezcan vivos, no será
poco...
Reventados están...
(Canta RITA, desde adentro.
CALAMOCHA se levanta
desperezándose.)
¡Oiga!.- ¿Seguidillitas?... Y no canta
mal...
Vaya, aventura tenemos... ¡Ay, qué
desvencijado
estoy!

Escena séptima

RITA, CALAMOCHA

RITA Mejor es cerrar, no sea que nos alivien
de ropa, y...

(Forcejeando para echar la llave.)
Pues cierto que está bien acondicionada

la llave.

CALAMOCHA ¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA Gracias, mi alma.

CALAMOCHA ¡Calle!... ¡Rita!

RITA ¡Calamocha!

CALAMOCHA ¿Qué hallazgo es éste?

RITA ¿Y tu amo?

CALAMOCHA Los dos acabamos de llegar.

RITA ¿De veras?

CALAMOCHA No, que es chanza. Apenas recibió la carta de

doña Paquita, yo no sé adónde fue, ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana a Guadalajara, y a las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta a correr y a sudar y a dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y nosotros a medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana...

Mi teniente se ha ido al Colegio Mayor
a ver a
un amigo, mientras se dispone algo que
cenar...
Esta es la historia.

RITA ¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA Y enamorado más que nunca, celoso,

amenazando vidas... Aventurado a
quitar el hipo
a cuantos le disputen la posesión de su
Currita
idolatrada.

RITA ¿Qué dices?

CALAMOCHA Ni más ni menos.

RITA ¡Qué gusto me das!... Ahora sí se

conoce que la
tiene amor.

CALAMUCHA ¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul
fue para

con él un pelele, Medoro un zascandil y
Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA ¡Ay! ¡cuando la señorita lo sepa!

CALAMUCHA Pero, acabemos. ¿Cómo te hallo aquí?
¿Con

quién estás?... ¿Cuándo llegaste?...
Qué...

Escena séptima II

RITA Yo te lo diré. La madre de doña Paquita
dio en

escribir cartas y más cartas, diciendo
que tenía
concertado su casamiento en Madrid
con un
caballero rico, honrado, bienquisito, en
suma,
cabal y perfecto, que no había más que
apetecer.
Acosada la señorita con tales
propuestas, y
angustiada incesantemente con los
sermones de
aquella bendita monja, se vio en la
necesidad de
responder que estaba pronta a todo lo
que la
mandasen... Pero no te puedo ponderar
cuánto
lloró la pobrecita, qué afligida estuvo.
Ni quería
comer, ni podía dormir... Y al mismo
tiempo era
preciso disimular, para que su tía no
sospechara
la verdad del caso. Ello es que cuando,
pasado
el primer susto, hubo lugar de discurrir
escapatorias y arbitrios, no hallamos
otro que el

de avisar a tu amo, esperando que si era
su
cariño tan verdadero y de buena ley
como nos
había ponderado, no consentiría que su
pobre
Paquita pasara a manos de un
desconocido, y se
perdiesen para siempre tantas caricias,
tantas
lágrimas y tantos suspiros estrellados en
las
tapias del corral. Apenas partió la carta
a su
destino, cata el coche de colleras, y el
mayoral
Gasparet, con sus medias azules, y la
madre y el
novio, que vienen por ella: recogimos a
toda
prisa nuestros meriñaques, se atan los
cofres,
nos despedimos de aquellas buenas
mujeres, y
en dos latigazos llegamos antes de ayer
a
Alcalá. La detención ha sido para que la
señorita visite a otra tía monja que tiene
aquí,

tan arrugada y tan sorda como la que
dejamos
allá. Ya la ha visto, ya la han besado
bastante
una por una todas las religiosas, y creo
que
mañana temprano saldremos. Por esta
casualidad nos...

CALAMOCHA Sí. No digas más... Pero... ¿Con que el
novio

está en la posada?

RITA Ese es su cuarto

*(Señalando el cuarto de DON DIEGO,
el de DOÑA IRENE y el de DOÑA
FRANCISCA),*
éste el de la madre, y aquél el nuestro.

CALAMOCHA ¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

RITA No, por cierto. Aquí dormiremos esta

noche la

señorita y yo; porque ayer, metidas las
tres en
ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni
pudimos
dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA Bien. Adiós.

*(Recoge los trastos que puso sobre la
mesa, en ademán de irse.)*

RITA Y ¿adónde?

CALAMOCHA Yo me entiendo... Pero el novio, ¿trae
consigo

criados, amigos o deudos que le quiten
la
primera zambullida que le amenaza?

RITA Un criado viene con él.

CALAMOCHA ¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se
disponga, porque está de peligro. Adiós.

RITA ¿Y volverás presto?

CALAMOCHA Se supone. Estas cosas piden diligencia
y,
aunque apenas puedo moverme, es
necesario
que mi teniente deje la visita y venga a
cuidar
de su hacienda, disponer el entierro de
ese
hombre, y... ¿Con que ése es nuestro
cuarto, eh?

RITA Sí. De la señorita y mío.

CALAMOCHA ¡Bribona!

RITA ¡Botarate! Adiós.

CALAMOCHA Adiós, aborrecida

*(Éntrese con los trastos al cuarto de
DON CARLOS).*

Escena octava I

DOÑA FRANCISCA, RITA

RITA ¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios!
¡Don

Félix aquí! Sí, la quiere, bien se
conoce...

*(Sale CALAMOCHA del cuarto de
DON CARLOS
y se va por la puerta del foro.)*

¡Oh! Por más que
digan, los hay muy finos, y entonces,
¿qué ha de
hacer una?... Quererlos, no tiene
remedio,
quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita
cuando le
vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita!
¿Pues no
sería una lástima que...? Ella es.
(Sale DOÑA FRANCISCA.)

DOÑA
FRANCISCA ¡Ay, Rita!

RITA ¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA
FRANCISCA ¿Pues no he de llorar? Si vieras mi
madre...

Empeñada está en que he de querer
mucho a ese
hombre... Si ella supiera lo que sabes tú,
no me
mandaría cosas imposibles... Y que es

tan
bueno, y que es rico, y que me irá tan
bien con
él... Se ha enfadado tanto, y me ha
llamado
picarona, inobediente... ¡Pobre de mí!
Porque no
miento ni sé fingir, por eso me llaman
picarona.

RITA Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA
FRANCISCA Ya, como tú no la has oído... Y dice que
don

Diego se queja de que yo no le digo
nada...
Harto le digo, y bien he procurado hasta
ahora
mostrarme contenta delante de él, que
no lo
estoy por cierto, y reírme y hablar
niñerías... Y
todo por dar gusto a mi madre, que si
no... Pero
bien sabe la Virgen que no me sale del

corazón.

(Se va oscureciendo lentamente el teatro.)

RITA Vaya, vamos, que no hay motivo todavía para

tanta angustia... ¡Quién sabe!... ¿No se acuerda usted ya de aquel día de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA ¡Ay! ¿Cómo puedo olvidarlo?... Pero, ¿qué me

vas a contar?

RITA Quiero decir que aquel caballero que vimos allí

con aquella cruz verde tan galán, tan fino...

DOÑA FRANCISCA ¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA Que nos fue acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... Mal aconsejada de ti.

RITA ¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo?

Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. Él no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a decir es que un

amante como
aquél no es posible que se olvide tan
presto de
su querida Paquita... Mire usted que
todo cuanto
hemos leído a hurtadillas en las novelas
no
equivale a lo que hemos visto en él...
¿Se
acuerda usted de aquellas tres palmadas
que se
oían entre once y doce de la noche, de
aquella
sonora punteada con tanta delicadeza y
expresión?

Escena octava II

DOÑA
FRANCISCA ¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y
mientras

viva conservaré la memoria... Pero está
ausente... Y entretenido acaso con
nuevos
amores.

RITA Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA
FRANCISCA Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA ¡Qué bobería! Desengañese usted,
señorita. Con

los hombres y las mujeres sucede lo
mismo que
con los melones de Añover. Hay de todo;
la
dificultad está en saber escogerlos. El
que se
lleve chasco en la elección quéjese de su
mala
suerte, pero no desacredite la
mercancía... Hay
hombres muy embusteros, muy
picarones; pero
no es creíble que lo sea el que ha dado
pruebas
tan repetidas de perseverancia y amor.
Tres
meses duró el terrero y la conversación a
oscuras, y en todo aquel tiempo, bien

sabe usted
que no vimos en él una acción
descompuesta, ni
oímos de su boca una palabra indecente
ni
atrevida.

DOÑA FRANCISCA Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso
le

tengo tan fijo aquí... aquí...
(Señalando el pecho.)
¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh!
Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate
Dios!
¡Es lástima! Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y
se
acabó... No habrá dicho más... Nada más.

RITA No señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA ¿Qué sabes tú?

RITA Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se
habrá

puesto en camino, y vendrá volando a
consolar a
su amiga... Pero...

***(Acercándose a la puerta del cuarto de
DOÑA IRENE.)***

DOÑA
FRANCISCA ¿A dónde vas?

RITA Quiero ver si...

DOÑA
FRANCISCA Está escribiendo.

RITA Pues ya presto habrá de dejarlo, que
empieza a

anochecer... Señorita, lo que la he dicho
a usted
es la verdad pura. Don Félix está ya en

Alcalá.

DOÑA
FRANCISCA ¿Qué dices? No me engañes.

RITA Aquel es su cuarto... Calamocha acaba
de hablar

conmigo.

DOÑA
FRANCISCA ¿De veras?

RITA Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

Escena octava III

DOÑA
FRANCISCA ¿Con que me quiere?... ¡Ay, Rita! Mira tú
si

hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué
fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr

tantas
leguas sólo por verme..., porque yo se lo
mando... ¡Qué agradecida le debo estar!...
¡Oh!,
yo le prometo que no se quejará de mí.
Para
siempre agradecimiento y amor.

RITA Voy a traer luces. Procuraré detenerme
por allá

abajo hasta que vuelvan... Veré lo que
dice y
qué piensa hacer, porque hallándonos
todos
aquí, pudiera haber una de Satanás entre
la
madre, la hija, el novio y el amante; y si
no
ensayamos bien esta contradanza, nos
hemos de
perder en ella.

DOÑA Dices bien... Pero no; él tiene resolución y
FRANCISCA talento, y sabrá determinar lo más
conveniente...

Y ¿cómo has de avisarme?... Mira que así
que
llegue le quiero ver.

RITA No hay que dar cuidado. Yo le traeré por
acá, y

en dándome aquella tosecilla seca... ¿Me
entiende usted?

DOÑA
FRANCISCA Sí, bien.

RITA Pues entonces no hay más que salir con
cualquiera excusa. Yo me quedaré con la
señora
mayor; la hablaré de todos sus maridos y
de sus
concuñados, y del obispo que murió en el
mar...
Además, que si está allí don Diego...

DOÑA
FRANCISCA Bien, anda; y así que llegue...

RITA Al instante.

DOÑA Que no se te olvide toser.
FRANCISCA

RITA No haya miedo.

DOÑA ¡Si vieras qué consolada estoy!
FRANCISCA

RITA Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA ¿Te acuerdas, cuando me decía que era
FRANCISCA imposible apartarme de su memoria, que
no
habría peligros que le detuvieran, ni
dificultades
que no atropellara por mí?

RITA Sí, bien me acuerdo.

DOÑA ¡Ah!. Pues mira cómo me dijo la verdad.
FRANCISCA
*(DOÑA FRANCISCA se va al cuarto de
DOÑA IRENE; RITA,
por la puerta del foro.)*

Acto segundo

Escena primera

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA Nadie parece aún...

(DOÑA FRANCISCA se acerca a la puerta del foro y vuelve.)

¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diecisiete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

Escena segunda

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

DOÑA IRENE Sola y a oscuras me habéis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA Como estaba usted acabando su carta,
mamá,

por no estorbarla me he venido aquí,
que está
mucho más fresco.

DOÑA IRENE Pero aquella muchacha, ¿qué hace que
no trae

una luz? Para cualquiera cosa se está
un año... Y
yo que tengo un genio como una
pólvora...
(Siéntase.) Sea todo por Dios... ¿Y don
Diego?
¿No ha venido?

DOÑA FRANCISCA Me parece que no.

DOÑA IRENE Pues cuenta, niña, con lo que te he
dicho ya. Y

mira que no gusto de repetir una cosa
dos veces.

Este caballero está sentido, y con
muchísima
razón.

DOÑA
FRANCISCA Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña
usted más.

DOÑA IRENE No es esto reñirte, hija mía, esto es
aconsejarte.

Porque como tú no tienes
conocimiento para
considerar el bien que se nos ha
entrado por las
puertas... y lo atrasada que me coge,
que yo no
sé lo que hubiera sido de tu pobre
madre...

Siempre cayendo y levantando...
Médicos,
botica... Que se dejaba pedir aquel

caribe de don
Bruno (Dios le haya coronado de
gloria) los
veinte y los treinta reales por cada
papelillo de
píldoras de coloquintida y asafétida...
Mira que
un casamiento como el que vas a
hacer, muy
pocas le consiguen. Bien que a las
oraciones de
tus tías, que son unas bienaventuradas,
debemos
agradecer esta fortuna, y no a tus
méritos ni a
mi diligencia... ¿qué dices?

DOÑA
FRANCISCA

Yo, nada, mamá.

DOÑA IRENE

Pues nunca dices nada. ¡Válgame
Dios, señor!...

En hablándote de esto, no te ocurre
nada que
decir.

Escena tercera

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale RITA por la puerta del foro con luces y las pone encima dela mesa.)

DOÑA Vaya, mujer, yo pensé que en toda la
IRENE noche no

venías.

RITA Señora, he tardado porque han tenido que
ir a

comprar las velas. Como el tufo del velón
la
hace a usted tanto daño...

DOÑA Seguro que me hace muchísimo mal, con
IRENE esta

jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor
al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me
sirvieron de nada! Con las obleas, me
parece
que me va mejor... Mira, deja una luz ahí
y
llévate la otra a mi cuarto, y corre la
cortina, no
se me llene todo de mosquitos.

RITA Muy bien (*Toma una luz y hace que se
va.*)

DOÑA (*Aparte, a Rita.*) ¿No ha venido?
FRANCISCA

RITA Vendrá.

DOÑA Oyes, aquella carta que está sobre la
IRENE mesa,

dásela al mozo de la posada para que la
lleve al
instante al correo...

(Vase RITA al cuarto de DOÑA IRENE)

Y tú, niña, ¿qué has de cenar?

Porque será menester recogernos presto
para
salir mañana de madrugada.

DOÑA
FRANCISCA Como las monjas me hicieron merendar...

DOÑA
IRENE Con todo eso... Siquiera unas sopas del
puchero

para el abrigo del estómago...

***(Sale RITA con una carta en la mano, y
hasta el fin de la escena***

***hace que se va y vuelve, según lo indica
el diálogo.)***

Mira, has de calentar el caldo que
apartamos al medio día, y haznos un par
de
tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA ¿Y nada más?

DOÑA IRENE No, nada más... ¡Ah!, y házmelas bien caldositas.

RITA Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE Rita.

RITA (*Aparte*) Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE Encarga mucho al mozo que lleve la carta al
instante... Pero no, señor; mejor es... No quiero
que la lleve él, que son unos borrachones,
que no se les puede... Has de decir a Simón
que digo
yo que me haga el gusto de echarla en el

correo.
¿Lo entiendes?

RITA Sí, señora.

DOÑA ¡Ah! mira.
IRENE

RITA *(Aparte)* Otra.

DOÑA Bien que ahora no corre prisa... Es
IRENE menester que

luego me saques de ahí al tordo y colgarle
por
aquí, de modo que no se caiga y se me
lastime...

*(Vase RITA por la puerta del foro.) ¡Qué noche
tan mala me dio!... ¡Pues no se estuvo el animal
toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y
la oración del Santo Sudario!... Ello, por otra*

parte, edificaba, cierto; pero cuando se trata de dormir...

Escena cuarta

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

DOÑA IRENE Pues mucho será que don Diego no haya
tenido

algún encuentro por ahí, y eso le
detenga. Ciertamente

que es un señor muy mirado, muy
puntual...

¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan
bien

hablado! ¡Y con qué garbo y
generosidad se

porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y
de

posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un
ascua de

oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué
ropa

blanca! ¡Qué batería de cocina! ¡Y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir a usted.

DOÑA IRENE Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua;

pajaritas del aire que apetecieras las tendrías,
porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es

cosa particular, señor!

DOÑA
FRANCISCA Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE No es buen empeño de... ¿Y te parece a ti que

no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?...
¿No ves que conozco las locuras que se te han
metido en esa cabeza de chorlito?...
¡Perdóneme Dios!

DOÑA
FRANCISCA Pero... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE ¿Me quieres engañar a mí, eh? ¡Ay, hija!
He

vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y
mucho penetración para que tú me

engaños.

DOÑA FRANCISCA (*Aparte*) ¡Perdida soy!

DOÑA IRENE Sin contar con su madre... Como si tal madre no

tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera
sido con esta ocasión, de todos modos era ya
necesario sacarte del convento. Aunque hubiera
tenido que ir a pie y sola por ese camino, te
hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio
de niña éste! Que porque ha vivido un poco de
tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza
el ser ella monja también... Ni qué entiende ella
de eso, ni qué... En todos los estados se sirve a
Dios, Frasquita; pero el complacer a su

madre,
asistirla, acompañarla y ser el consuelo
de sus
trabajos, ésa es la primera obligación de
una
hija obediente... Y sépalo usted, si no lo
sabe.

DOÑA FRANCISCA Es verdad, mamá... Pero yo nunca he
pensado
abandonarla a usted.

DOÑA IRENE Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA No, señora. Créame usted. La Paquita
nunca se
apartará de su madre, ni la dará
disgustos.

DOÑA IRENE Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA Sí, señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho.
Ya ves lo

que pierdes, y la pesadumbre que me
darás si no
te portas en un todo como corresponde...

Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA (*Aparte*) ¡Pobre de mí!

Escena quinta 1

DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

***(Sale DON DIEGO por la puerta del foro,
y deja sobre la mesa sombrero y bastón.)***

DOÑA
IRENE Pues ¿cómo tan tarde?

DON DIEGO Apenas salí tropecé con el rector de

Málaga, Padre Guardián de San Diego, y
el doctor
Padilla, y hasta que me han hartado bien
de
chocolate y bollos no me han querido
soltar...
(Siéntase junto a DOÑA IRENE.)
Y a todo esto, ¿cómo va?

DOÑA
IRENE Muy bien.

DON DIEGO ¿Y doña Paquita?

DOÑA
IRENE Doña Paquita, siempre acordándose de
sus

monjas. Ya la digo que es tiempo de
mudar de

bisiesto y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

DON DIEGO ¡Qué diantre!. ¿Con que tanto se acuerda de...?

DOÑA
IRENE ¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo

que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad así, tan...

DON DIEGO No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa

edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razón se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazón son mucho más violentos...

(Asiendo de una mano a DOÑA

FRANCISCA,
la hace sentar inmediata a él.)

Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA
IRENE Pero si ella no...

DON DIEGO Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA
FRANCISCA Bien sabe usted lo que acabo de decirla...
No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA
IRENE Si es natural, señor, ¿No ve usted que...?

DON DIEGO Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga

usted a mí lo que es natural. Lo que es natural
es que la chica esté llena de miedo, y no se
atreva a decir una palabra que se oponga a lo
que su madre quiere que diga... Pero si esto
hubiese, por vida mía, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo;

lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

Escena quinta 2

DON DIEGO ¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan;

eso sí,
todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha
de
evitar después las resultas funestas de lo
que
mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos
matrimonios infelices, uniones
monstruosas,
verificadas solamente porque un padre
tonto se
metió a mandar lo que no debiera?...
¿Cuántas
veces una desdichada mujer halla
anticipada la
muerte en el encierro de un claustro,
porque su
madre o su tío se empeñaron en regalar a
Dios
lo que Dios no quería? ¡Eh! No, señor; eso
no
va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no
soy
de aquellos hombres que se disimulan los
defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad
son
para enamorar perdidamente a nadie; pero
tampoco he creído imposible que una
muchacha
de juicio y bien criada llegase a quererme

con
aquel amor tranquilo y constante que tanto
se
parece a la amistad, y es el único que
puede
hacer los matrimonios felices. Para
conseguirlo,
no he ido a buscar ninguna hija de familia
de
estas que viven en una decente libertad...
Decente, que yo no culpo lo que no se
opone al
ejercicio de la virtud. Pero, ¿cuál sería
entre
todas ellas la que no estuviese ya
prevenida en
favor de otro amante más apetecible que
yo? Y
en Madrid, ¡figúrese usted en un Madrid!...
Lleno de estas ideas, me pareció que tal
vez
hallaría en usted todo cuanto yo deseaba...

DOÑA Y puede usted creer, señor don Diego,
IRENE que...

DON Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar.
DIEGO Yo

me hago cargo, querida Paquita, de lo que
habrán influido en una niña tan bien
inclinada
como usted las santas costumbres que ha
visto
practicar en aquel inocente asilo de la
devoción
y la virtud; pero, si a pesar de todo esto, la
imaginación acalorada, las circunstancias
imprevistas, la hubiesen hecho elegir
sujeto más
digno, sepa usted que yo no quiero nada
con
violencia. Yo soy ingenuo; mi corazón y
mi
lengua no se contradicen jamás. Esto
mismo la
pido a usted, Paquita: sinceridad. El cariño
que
a usted la tengo no la debe hacer infeliz...
Su
madre de usted no es capaz de querer una
injusticia, y sabe muy bien que a nadie se
le
hace dichoso por fuerza. Si usted no halla
en mí

prendas que la inclinen, si siente algún otro
cuidadillo en su corazón, créame usted, la
menor disimulación en esto nos daría a
todos
muchísimo que sentir.

Escena quinta 3

DOÑA IRENE ¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO Ella, ella debe hablar, y sin apuntador
y sin
intérprete.

DOÑA IRENE Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO Pues ya puede usted mandárselo,
porque a ella
la toca responder... Con ella he de
casarme, con

usted no.

DOÑA IRENE Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni

conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?...

Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió

pocos días ha, cuando le di parte de este

casamiento. Que aunque no la ha vuelto a ver

desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y a cuantos pasan por el Burgo de

Osma les pregunta cómo está, y continuamente

nos envía memorias con el ordinario.

DON DIEGO Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O,

por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso

con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE Sí señor que tiene que ver, sí señor. Y aunque

yo lo diga, le aseguro a usted que ni un padre de Atocha, hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre, el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleíllo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia - y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venía en latín, no le parezca a usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que

adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que

a usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole

hablar de mi hija en unos términos que...? ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba a golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo

para que se tranquilice, y...

DON DIEGO Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.

DOÑA IRENE Respóndele.

DOÑA FRANCISCA Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan...

DON DIEGO No, hija mía; esto es dar alguna expresión a lo

que se dice; pero enfadarnos, no por cierto.
Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

Escena quinta 4

DOÑA Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente

IRENE agradecida a los favores que usted nos
 hace...
 Por eso mismo...

DON DIEGO No se hable de agradecimiento; cuanto
 yo puedo

 hacer, todo es poco... Quiero sólo que
 doña
 Paquita esté contenta.

DOÑA ¿Pues no ha de estarlo? Responde.
IRENE

DOÑA Sí, señor, que lo estoy.
FRANCISCA

DON DIEGO Y que la mudanza de estado que se la
 previene

 no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA No, señor, todo al contrario... Boda más
IRENE a gusto

de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO En esa inteligencia, puedo asegurarla que no

tendrá motivos de arrepentirse después.

En

nuestra compañía vivirá querida y adorada, y

espero que a fuerza de beneficios he de merecer

su estimación y su amistad.

DOÑA
FRANCISCA Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana,

pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO Pero de prendas tan estimables, que la hacen a

usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA
IRENE Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA ¡Mamá!
FRANCISCA

(Levántase, abraza a su madre y se acarician mutuamente.)

DOÑA ¿Ves lo que te quiero?
IRENE

DOÑA Sí, señora.
FRANCISCA

DOÑA ¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo
IRENE otro

pío sino el de verte colocada antes que
yo falte?

DOÑA Bien lo conozco.
FRANCISCA

DOÑA ¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

IRENE

DOÑA
FRANCISCA Sí, señora.

DOÑA ¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu
IRENE madre!

DOÑA Pues ¿qué? ¿No la quiero yo a usted?
FRANCISCA

DON DIEGO Vamos, vamos de aquí.

***(Levántase DON DIEGO y después
DOÑA IRENE.)***

No venga alguno y nos halle a los tres
llorando como tres
chiquillos.

DOÑA Sí, dice usted bien.
IRENE

***(Vanse los dos al cuarto de DOÑA IRENE. DOÑA
FRANCISCA va
detrás y RITA, que sale por la puerta del foro, la hace***

detener.)

Escena sexta

DOÑA FRANCISCA, RITA

RITA Señorita... ¡Eh!, chit..., señorita...

DOÑA ¿Qué quieres?
FRANCISCA

RITA Ya ha venido.

DOÑA ¿Cómo?
FRANCISCA

RITA Ahora mismo acaba de llegar. Le he
 dado un

abrazo con licencia de usted, y ya sube
por la
escalera.

DOÑA FRANCISCA ¡Ay, Dios!... Y ¿qué debo hacer?

RITA ¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que
importa es no
gastar el tiempo en melindres de
amor... Al
asunto... y juicio... Y mire usted que en
el paraje
en que estamos, la conversación no
puede ser
muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA Sí... Él es.

RITA Voy a cuidar de aquella gente... Valor,
señorita,
y resolución.

(RITA se va al cuarto de DOÑA IRENE.)

DOÑA No, no, que yo también... Pero no lo
FRANCISCA merece.

Escena séptima

DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA

(Sale DON CARLOS por la puerta del foro.)

DON ¡Paquita!... ¡Vida mía! Ya estoy aquí...
CARLOS ¿Cómo

va, hermosa, cómo va?

DOÑA Bien venido.
FRANCISCA

DON ¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi

CARLOS llegada más
alegría?

DOÑA Es verdad; pero acaban de sucederme
FRANCISCA cosas que

me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí,
bien lo
sabe usted... Después de escrita aquella
carta,
fueron por mí... Mañana a Madrid... Ahí
está mi
madre.

DON ¿En dónde?
CARLOS

DOÑA Ahí, en ese cuarto.
FRANCISCA
(Señalando al cuarto de DOÑA IRENE.)

DON ¿Sola?
CARLOS

DOÑA FRANCISCA No, señor.

DON CARLOS Estará en compañía del prometido esposo.
(Se acerca al cuarto de DOÑA IRENE, se detiene y vuelve.)
Mejor... Pero, ¿no hay nadie más con ella?

DOÑA FRANCISCA Nadie más, solos están... ¿Qué piensa usted
hacer?

DON CARLOS Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que
esos ojos me inspiran, una temeridad...
Pero
tiempo hay... Él también será hombre de honor,
y no es justo insultarle porque quiere bien a una

mujer tan digna de ser querida... Yo no
conozco
a su madre de usted ni... Vamos, ahora
nada se
puede hacer... Su decoro de usted merece
la
primera atención.

DOÑA FRANCISCA Es mucho el empeño que tiene en que me
case

con él.

DON CARLOS No importa.

DOÑA FRANCISCA Quiere que esta boda se celebre así que
lleguemos a Madrid.

DON CARLOS ¿Cuál?... No. Eso no.

DOÑA Los dos están de acuerdo, y dicen...

FRANCISCA

DON CARLOS Bien... Dirán... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA Mi madre no me habla continuamente de otra

materia. Me amenaza, me ha llenado de temor...

Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS Y usted, ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido

quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA ¡Ingrato!... Pues ¿no sabe usted que...?
¡Ingrato!

DON CARLOS Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA Y el último.

DON CARLOS Y antes perderé la vida, que renunciar al
lugar

que tengo en ese corazón... Todo él es
mío... ¿Digo bien?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA ¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS ¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me
anima!...

Una sola palabra de esa boca me
asegura... Para
todo me da valor... En fin, ya estoy aquí...
¿Usted me llama para que la defienda, la
libre,
la cumpla una obligación mil y mil veces

prometida? Pues a eso mismo vengo yo...
Si
ustedes se van a Madrid mañana, yo voy
también. Su madre de usted sabrá quién
soy...
Allí puedo contar con el favor de un
anciano
respetable y virtuoso, a quien más que tío
debo
llamar amigo y padre. No tiene otro
deudo más
inmediato ni más querido que yo; es
hombre
muy rico, y si los dones de la fortuna
tuviesen
para usted algún atractivo, esta
circunstancia
añadiría felicidades a nuestra unión.

DOÑA
FRANCISCA Y ¿qué vale para mí toda la riqueza del
mundo?

DON
CARLOS Ya lo sé. La ambición no puede agitar a
un alma
tan inocente.

DOÑA
FRANCISCA

Querer y ser querida... Ni apetezco más ni
conozco mayor fortuna.

DON
CARLOS

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y
esperar que la suerte mude nuestra
aflicción
presente en durables dichas.

DOÑA
FRANCISCA

Y ¿qué se ha de hacer para que a mi pobre
madre no la cueste una pesadumbre?...
¡Me
quiere tanto!... Si acabo de decirla que no
la
disgustaré, ni me apartaré de su lado
jamás; que
siempre seré obediente y buena... ¡Y me
abrazaba con
tanta ternura! Quedó tan consolada con lo
poco que acerté
a decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha
de hallar usted

para salir de estos ahogos.

DON CARLOS Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA ¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quién volver los ojos, ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(Se enternece y llora.)

DON ¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí,
CARLOS Paquita,

yo solo basto para defenderla a usted de
cuantos
quieran oprimirla. A un amante
favorecido,
¿quién puede oponérsele?. Nada hay que
temer.

DOÑA ¿Es posible?
FRANCISCA

DON Nada... Amor ha unido nuestras almas en
CARLOS estrechos nudos, y sólo la muerte bastará
a
dividir las.

Escena octava

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA

RITA Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted.

Voy a traer la cena, y se van a recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

DON CARLOS Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA
FRANCISCA Ni yo.

DON CARLOS Hasta mañana. Con la luz del día veremos a este dichoso competidor.

RITA Un caballero muy honrado, muy rico, muy

prudente; con su chupa larga, su
camisola limpia
y sus sesenta años debajo del peluquín.

(Se va por la puerta del foro.)

DOÑA
FRANCISCA Hasta mañana.

DON CARLOS Adiós, Paquita.

DOÑA
FRANCISCA Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS ¿Descansar con celos?

DOÑA
FRANCISCA ¿De quién?

DON CARLOS Buenas noches... Duerma usted bien,
Paquita.

DOÑA ¿Dormir con amor?
FRANCISCA

DON CARLOS Adiós, vida mía.

DOÑA Adiós.
FRANCISCA
(Éntrese al cuarto de Doña Irene.)

Escena nona

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA

DON CARLOS ¡Quitármela! (*Paseándose con inquietud.*) No...

Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre
ha de ser tan imprudente que se obstine

en
verificar este matrimonio repugnándolo
su
hija... mediando yo... ¡Sesenta años!...
Precisamente será muy rico... ¡El
dinero!...
Maldito él sea, que tantos desórdenes
origina.

CALAMOCHA *(Sale CALAMOCHA por la puerta del foro.)*

Pues, señor, tenemos un medio cabrito
asado,
y... a lo menos, parece cabrito. Tenemos
una
magnífica ensalada de berros, sin
anapelos ni
otra materia extraña, bien lavada,
escurrida y
condimentada por estas manos
pecadoras, que
no hay más que pedir. Pan de Meco,
vino de la
Tercia... Conque, si hemos de cenar y
dormir,
me parece que sería bueno...

DON CARLOS Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA Abajo... Allí he mandado disponer una
angosta

y fementida mesa, que parece un banco
de herrador.

RITA *(Sale por la puerta del foro con unos
platos,*

taza, cucharas y servilleta.)

¿Quién quiere sopas?

DON CARLOS Buen provecho.

CALAMOCHA Si hay alguna real moza que guste de
cenar

cabrito, levante el dedo.

RITA La real moza se ha comido ya media

cazuela de

albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(Éntrese al cuarto de DOÑA IRENE.)

CALAMOCHA Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CARLOS Conque, ¿vamos?

CALAMOCHA ¡Ay, ay, ay!...

(CALAMOCHA se encamina a la puerta del foro, y vuelve; se acerca a DON CARLOS y hablan hasta el fin de la escena, en que CALAMOCHA se adelanta a saludar a SIMÓN.)
¡Eh! ¡Chit! Digo...

este hombre?

Escena décima

SIMÓN, DON CARLOS, CALAMOCHA

(SIMÓN sale por la puerta del foro.)

CALAMOCHA Simón, ¿tú por aquí?

SIMÓN Adiós, Calamocha ¿Cómo va?

CALAMOCHA Lindamente.

SIMÓN ¡Cuánto me alegro de...!

CALAMOCHA ¡Hombre! ¿Tú en Alcalá? ¿Pues qué novedad es

ésta?

SIMÓN ¡Oh, que estaba usted ahí, señorito!
 ¡Voto va
 sanes!.

DON CARLOS ¿Y mi tío?

SIMÓN Tan bueno.

CALAMOCHA Pero, ¿se ha quedado en Madrid, o...?

SIMÓN ¿Quién me había de decir a mí...? ¡Cosa
 como
 ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y
 usted, de
 cada vez más guapo... Conque usted irá
 a ver al

tío, ¿eh?

CALAMOCHA Tú habrás venido con algún encargo del amo.

SIMÓN. ¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino!
¡Ya, ya!

CALAMOCHA Alguna cobranza tal vez, ¿eh?

DON CARLOS Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de
hacienda en Ajalvir... ¿No has venido a eso?

SIMÓN ¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego más marrullero y más bellaco no le hay en toda la campiña... Conque

¿usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS Pues... Figúrate tú.

SIMÓN ¿O va usted allá?

DON CARLOS ¿A dónde?

SIMÓN A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA Pero, hombre, si salimos el verano
pasado de

Madrid, ¿no habíamos de haber andado
más de cuatro leguas?

SIMÓN ¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y
tardan

más de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMUCHA (Aparte, separándose de SIMÓN.
¡Maldito seas

tú, y tu camino, y la bribona que te dio papilla!)

DON CARLOS Pero aún no me has dicho si mi tío está en

Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...

SIMÓN Bien, a eso voy... Sí señor, voy a decir a usted...

Conque... Pues el amo me dijo...

Escena undécima 1

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMÓN, CALAMUCHA

DON DIEGO *(Desde adentro.)*

No, no es menester; si hay luz aquí.
Buenas noches, Rita.

(DON CARLOS se turba y se aparta a un extremo del teatro.)

DON CARLOS ¡Mi tío!

DON DIEGO ¡Simón!

(Sale DON DIEGO del cuarto de DOÑA IRENE, encaminándose al suyo; repara en DON CARLOS, y se acerca a él. SIMÓN le alumbra, y vuelve a dar la luz sobre la mesa.)

SIMÓN Aquí estoy, señor.

DON CARLOS *(Aparte)* ¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMÓN Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS *(Aparte)* Yo estoy muerto.

DON DIEGO ¿Cómo un amigo?... ¿Qué?... Acerca
esa luz.

DON CARLOS Tío.
*(En ademán de besar la mano a DON DIEGO, que le
aparta de sí con enojo.)*

DON DIEGO Quítate de ahí.

DON CARLOS Señor.

DON DIEGO Quítate... No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS Si usted se altera y...

DON DIEGO ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS Mi desgracia me ha traído.

DON DIEGO ¡Siempre dándome que sentir, siempre!
Pero...

(Acercándose a DON CARLOS.) ¿Qué dices?

¿De veras ha ocurrido alguna desgracia?
Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMUCHA Porque le tiene a usted ley, y le quiere bien, y...

DON DIEGO A ti no te pregunto nada... ¿Por qué has venido

de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te
asusta el verme?... Algo has hecho: sí, alguna
locura has hecho que le habrá de costar la vida a
tu pobre tío.

DON CARLOS No, señor, que nunca olvidaré las máximas de

honor y prudencia que usted me ha inspirado
tantas veces.

DON DIEGO Pues ¿a qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas?

¿Es algún disgusto con tus jefes?...
Sácame de
esta inquietud, Carlos... Hijo mío,
sácame de
este afán.

CALAMUCHA Si todo ello no es más que...

DON DIEGO Ya he dicho que calles... Ven acá.

*(Tomándolo de una mano se aparta
con él a un extremo
del teatro y le habla en voz baja.)*
Dime, ¿qué ha sido?

DON CARLOS Una ligereza, una falta de sumisión a
usted.

Venir a Madrid sin pedirle licencia
primero...
Bien arrepentido estoy, considerando la
pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO ¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS Nada más, señor.

Escena undécima 2

DON DIEGO Pues ¿qué desgracia era aquella de que
me
hablaste?

DON CARLOS Ninguna. La de hallarle a usted en este
paraje...

y haberle disgustado tanto, cuando yo
esperaba
sorprenderle en Madrid, estar en su
compañía
algunas semanas, y volverme contento
de
haberle visto...

DON DIEGO ¿No hay más?

DON CARLOS No, señor.

DON DIEGO Míralo bien.

DON CARLOS No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DON DIEGO Pero no me digas tú a mí... Si es imposible que estas escapada se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adiós disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

DON CARLOS Considere usted, tío, que estamos en tiempo de

paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso a la guarnición... Y, en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobación y la licencia de mis superiores; que yo también miro por mi estimación, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO Un oficial siempre hace falta a sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplos de subordinación, de valor, de virtud.

DON CARLOS Bien está; pero ya he dicho los

motivos...

DON DIEGO Todos esos motivos no valen nada...
¡Porque le

dio la gana de ver al tío!... Lo que
quiere su tío
de usted no es verle cada ocho días, sino
saber
que es hombre de juicio, y que cumple
con sus
obligaciones. Eso es lo que quiere...
Pero
(Alza la voz, y se pasea inquieto.)
yo tomaré mis medidas para que estas
locuras no se repitan
otra vez... Lo que usted ha de hacer
ahora es
marcharse inmediatamente.

DON CARLOS Señor, si...

DON DIEGO No hay remedio... Y ha de ser al
instante. Usted

no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA Es que los caballos no están ahora para correr...

Ni pueden moverse.

DON DIEGO Pues con ellos **(A CALAMOCHA)** y con las

maletas al mesón de afuera. Usted **(A DON CARLOS)** no ha de dormir aquí... Vamos **(A CALAMOCHA)** tú, buena pieza, menéate.

Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya

hecho, sacar los caballos y marchar...

Ayúdale

tú... **(A SIMÓN.)** ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMÓN Tendré unas cuatro o seis onzas.

(Saca de un bolsillo algunas monedas y se las da a DON DIEGO.)

DON DIEGO Dámelas acá... Vamos, ¿qué haces?...

(A CALAMOCHA.) ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú **(A SIMÓN)** ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(Los dos criados entran en el cuarto de DON CARLOS.)

Escena duodécima 1

DON DIEGO, DON CARLOS

DON Tome usted. **(Le da el dinero.)** Con eso hay
DIEGO bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago...
¿No

conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino lo que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON
CARLOS Ya lo sé.

DON
DIEGO Pues bien, ahora obedece lo que te mando.

DON
CARLOS Lo haré sin falta.

DON
DIEGO Al mesón de afuera.

(A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de DON CARLOS, y se van por la puerta del foro.)

Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan...
Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto ni entres en la ciudad... ¡Cuidado! Y a eso de las tres o las cuatro, marchar. Mira que yo he de saber a la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON
CARLOS Sí, señor.

DON
DIEGO Mira que lo has de hacer.

DON
CARLOS Sí, señor; haré lo que usted manda.

DON
DIEGO Muy bien... Adiós... Todo te lo perdono...
Vete

con Dios... Y yo sabré también cuándo llegas a Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de

lo que hiciste la vez pasada.

DON Pues ¿qué hice yo?
CARLOS

DON Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué
DIEGO más quieres? No es tiempo ahora de tratar de
 eso. Vete.

DON Quede usted con Dios.
CARLOS
(Hace que se va, y vuelve.)

DON ¿Sin besar la mano a su tío, eh?
DIEGO

Escena duodécima 2

DON No me atreví.
CARLOS
(Besa la mano a DON DIEGO y se abrazan.)

DON Y dame un abrazo, por si no nos volvemos a
DIEGO ver.

DON ¿Qué dice usted? ¡No lo permita Dios!
CARLOS

DON ¡Quién sabe, hijo mío! ¿Tienes algunas
DIEGO deudas?

¿Te falta algo?

DON No, señor, ahora no.
CARLOS

DON Mucho es, porque tú siempre tiras por
DIEGO largo...

Como cuentas con la bolsa del tío... Pues
bien,
yo escribiré al señor Aznar para que te dé
cien
doblores de orden mía. Y mira cómo los

gastas... ¿Juegas?

DON
CARLOS No, señor, en mi vida.

DON
DIEGO Cuidado con eso... Conque, buen viaje. Y no
te

acalores: jornadas regulares y nada más...
¿Vas contento?

DON
CARLOS No, señor. Porque usted me quiere mucho,
me

llena de beneficios, y yo le pago mal.

DON
DIEGO No se hable ya de lo pasado... Adiós.

DON
CARLOS ¿Queda usted enojado conmigo?

DON No, no por cierto... Me disgusté bastante,

DIEGO pero

ya se acabó... No me des que sentir.
***(Poniéndole ambas manos sobre los
hombros.)***

Portarse como hombre de bien.

DON No lo dude usted.
CARLOS

DON Como oficial de honor.
DIEGO

DON Así lo prometo.
CARLOS

DON Adiós, Carlos. ***(Abrazanse.)***
DIEGO

DON ***(Aparte, al irse por la puerta del foro)***
CARLOS
¡Y la dejo!... ¡Y la pierdo para siempre!

Escena treceava

DON Demasiado bien se ha compuesto
DIEGO dispuesto...

Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribirse lo que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva, es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va a su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un breve espacio.)

Escena catorceava

DOÑA FRANCISCA, RITA

(Salen del cuarto de DOÑA IRENE. RITA sacará una luz y la pone encima de la mesa.)

RITA Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA Precisamente.

DOÑA FRANCISCA ¡Un camino tan largo!

RITA ¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA Sí, bien puedes decirlo: amor... Y yo, ¿qué no hiciera por él?

RITA Y deje usted, que no ha de ser este el último

milagro. Cuando lleguemos a Madrid,
entonces
será ella... El pobre don Diego, ¡qué
chasco se
va a llevar! Y por otra parte, vea usted
qué
señor tan bueno, que cierto da
lástima...

DOÑA
FRANCISCA

Pues en eso consiste todo. Si él fuese
un hombre

despreciable, ni mi madre hubiera
admitido su
pretensión, ni yo tendría que disimular
mi
repugnancia... Pero ya es otro tiempo,
Rita. Don
Félix ha venido, y ya no temo a nadie.
Estando
mi fortuna en su mano, me considero
la más
dichosa de las mujeres.

RITA

¡Ay!, ahora que me acuerdo... Pues
poquito me

lo encargó... Ya se ve, si con estos
amores tengo
yo también la cabeza... Voy por él.

(Encaminándose al cuarto de DOÑA IRENE.)

DOÑA
FRANCISCA ¿A qué vas?

RITA El tordo, que ya se me olvidaba sacarle
de allí.

DOÑA
FRANCISCA Sí, tráele, no empiece a rezar como
anoche...

Allí quedó junto a la ventana... Y ve
con
cuidado, no despierte mamá.

RITA Sí, mire usted el estrépito de
caballerías que

anda por allá abajo... Hasta que
lleguemos a
nuestra calle del Lobo, número siete,
cuarto
segundo, no hay que pensar en
dormir... Y ese
maldito portón, que rechina que...

DOÑA Te puedes llevar la luz.
FRANCISCA

RITA No es menester, que ya sé dónde está.
(Vase al cuarto de DOÑA IRENE.)

Escena quinceava

SIMÓN, DOÑA FRANCISCA

(Sale por la puerta del foro SIMÓN.)

DOÑA Yo pensé que estaban ustedes
FRANCISCA acostados.

SIMÓN El amo ya habrá hecho esa diligencia;
pero yo

todavía no sé en dónde he de tender el
rancho...
Y buen sueño que tengo.

DOÑA
FRANCISCA ¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMÓN Nadie. Son unos que estaban ahí, y se
han ido.

DOÑA
FRANCISCA ¿Los arrieros?

SIMÓN No, señora. Un oficial y un criado
suyo, que

parece que se van a Zaragoza.

DOÑA
FRANCISCA ¿Quiénes dice usted que son?

SIMÓN Un teniente coronel , un oficial de
caballería y

su asistente.

DOÑA
FRANCISCA ¿Y estaban aquí?

SIMÓN Sí, señora; ahí en ese cuarto.

DOÑA
FRANCISCA No los he visto.

SIMÓN Parece que llegaron esta tarde y... A la
cuenta

habrán despachado ya la comisión que
traían...
Conque se han ido... Buenas noches,
señorita.

(Vase al cuarto de DON DIEGO.)

Escena dieciseisava

DOÑA FRANCISCA, RITA

DOÑA ¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto?...
FRANCISCA No

puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(Siéntase en una silla junto a la mesa.)

RITA Señorita, yo vengo muerta.
*(Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa;
abre la puerta del cuarto de DON CARLOS y vuelve.)*

DOÑA ¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes
FRANCISCA también?

RITA Deje usted que todavía no creo lo que he visto...

Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni...

Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA
FRANCISCA ¿Y eran ellos?

RITA Sí, señora. Los dos.

DOÑA
FRANCISCA Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA Si no los he perdido de vista hasta que salieron

por la Puerta de Mártires ... Como
DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragón?

RITA Ése es.

DOÑA ¡Indigno!... ¡Hombre indigno!
FRANCISCA

RITA Señorita...

DOÑA ¿En qué te ha ofendido esta infeliz?
FRANCISCA

RITA Yo estoy temblando toda... Pero... Si es
incomprensible... Si no alcanzo a
descubrir qué
motivos ha podido haber para esta
novedad.

DOÑA ¿Pues no le quise más que a mi vida?...
FRANCISCA
¿No me ha visto loca de amor?

RITA No sé qué decir al considerar una acción
tan

infame.

DOÑA
FRANCISCA ¿Qué has de decir? Que no me ha
querido

nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino
para
esto? ¡Para engañarme, para
abandonarme así!...

(Levántase, y RITA la sostiene.)

RITA Pensar que su venida fue con otro
designio, no

me parece natural... Celos... ¿Por qué ha
de
tener celos?... Y aun eso mismo debiera
enamorarle más... Él no es cobarde, y no
hay
que decir que habrá tenido miedo de su
competidor.

DOÑA FRANCISCA Te cansas en vano... Di que es un pérfido,
di que

es un monstruo de crueldad, y todo lo has
dicho.

RITA Vamos de aquí, que puede venir alguien
y...

DOÑA FRANCISCA Sí, vámonos... Vamos a llorar... Y ¿en
qué

situación me deja!... Pero ¿ves qué
malvado?

RITA Sí, señora; ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA ¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién?

Conmigo... Pues ¿yo merecí ser
engañada tan
alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este
galardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es

mi
delito, cuál es? (***RITA coge la luz y se
van
entrambas al cuarto de DOÑA
FRANCISCA.)***)

Acto tercero

Escena primera

DON DIEGO, SIMÓN

(Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo.

SIMÓN duerme tendido en el banco.)

DON DIEGO *(Sale de su cuarto acabándose de poner la bata.)*

Aquí, a lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste!... Guardémosle el sueño hasta que venga el día,, que ya poco puede tardar... *(SIMÓN despierta y se levanta.)*
¿Qué
es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMÓN Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DON
DIEGO Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede
parar.

SIMÓN Pues yo, a Dios gracias, aunque la cama es
algo

dura, he dormido como un emperador.

DON
DIEGO ¡Mala comparación!... Di que has dormido
como

un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni
ambición, ni pesadumbres, ni
remordimientos.

SIMÓN En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será
ya?

DON
DIEGO Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y, si
no

conté mal, dio las tres.

SIMÓN ¡Oh!, pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMÓN ¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé!

¡Qué triste!

DON DIEGO Ha sido preciso.

SIMÓN Ya lo conozco.

DON DIEGO ¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMÓN Es verdad. Sin permiso de usted, sin avisarle,
sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo
muy
mal... Bien que por otra parte él tiene prendas
suficientes para que se le perdone esta
ligereza... Digo... Me parece que el castigo no
pasará adelante, ¿eh?

DON ¿No, qué...! No señor. Una cosa es que le
DIEGO haya
hecho volver... Ya ves en qué circunstancias
nos
cogía... Te aseguro que cuando se fue me
quedó
un ansia en el corazón.
*(Suenan a lo lejos tres palmadas, y poco
después se oye
que puntean un instrumento.)*
¿Qué ha sonado?

SIMÓN No sé... Gente que pasa por la calle. Serán
labradores.

DON Calla.
DIEGO

SIMÓN Vaya, música tenemos, según parece.

DON Sí, como lo hagan bien.
DIEGO

SIMÓN Y ¿quién será el amante infeliz que se viene a
gorjear a estas horas en ese callejón tan
puerco?... Apostaré que son amores con la
moza
de la posada, que parece un mico.

DON Puede ser.
DIEGO

SIMÓN Ya empiezan, oigamos...

(Tocan una sonata desde adentro).

Pues dígle a usted que toca muy lindamente
el pícaro

del barberillo.

DON DIEGO No; no hay barbero que sepa hacer eso, por muy

bien que afeite.

SIMÓN ¿Quiere usted que nos asomemos un poco, a ver...?

DON DIEGO No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la importancia que darán ellos a la tal música!... No gusto yo de incomodar a nadie.

(Salen de su cuarto DOÑA FRANCISCA y RITA, encaminándose a la ventana. DON DIEGO y SIMÓN se retiran a un lado, y observan.)

SIMÓN ¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí a un ladito.

DON ¿Qué quieres?
DIEGO

SIMÓN Que han abierto la puerta de esa alcoba, y
huele
a faldas que trasciende.

DON ¿Sí?... Retirémonos.
DIEGO

Escena segunda

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMÓN

RITA Con tiento, señorita.

DOÑA Siguiendo la pared, ¿no voy bien?
FRANCISCA

(Vuelven a tocar el instrumento.)

RITA Sí, señora... Pero vuelven a tocar...
Silencio...

DOÑA
FRANCISCA No te muevas... Deja... Sepamos primero
si es él.

RITA ¿Pues no ha de ser?... La seña no puede
mentir.

DOÑA
FRANCISCA Calla. Sí, él es... ¡Dios mío!

***(Acércase RITA ala ventana, abre la
vidriera y da tres palmadas.
Cesa la música.)***
Ve, responde... Albricias, corazón. Él es.

SIMÓN ¿Ha oído usted?

DON DIEGO Sí.

SIMÓN ¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO Calla.

(DOÑA FRANCISCA se asoma a la ventana.

RITA se queda detrás de ella.)

*(Los puntos suspensivos indican las interrupciones
más o menos largas que deben hacerse.)*

DOÑA Yo soy... Y ¿qué había de pensar viendo
FRANCISCA lo que

usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es
ésta?... Rita

*(Apártase de la ventana, y vuelve
después a asomarse),*

amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres
algún rumor,
al instante avísame... ¿Para siempre?

¡Triste de mí!... Bien está,
tírela usted... Pero yo no acabo de
entender... ¡Ay, don
Félix! Nunca le he visto a usted tan
tímido...

***(Tiran desde adentro una carta que cae
por la***

***ventana al teatro. DOÑA FRANCISCA
la busca***

y, no hallándola vuelve a asomarse.)

No, no la he cogido; pero aquí está sin
duda...

¿Y no he de saber yo hasta que llegue el
día

los motivos que tiene usted para dejarme
muriendo?...

Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted.

Su Paquita

de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece
a

usted que estará el mío?... No me cabe en
el

pecho. Diga usted.

***(SIMÓN se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la
deja caer.)***

RITA Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA ¡Infeliz de mí!... Guíame.
FRANCISCA

RITA Vamos...

(Al retirarse tropieza con SIMÓN. Las dos se van al cuarto de DOÑA FRANCISCA.)
¡Ay!

DOÑA ¡Muerta voy!
FRANCISCA

Escena tercera

DON DIEGO, SIMÓN

DON ¿Qué grito fue ése?

DIEGO

SIMÓN Una de las fantasmas, que al retirarse
tropezó

conmigo.

DON Acércate a esa ventana, y mira si hallas en
DIEGO el

suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMÓN *(Tentando por el suelo, cerca de la
ventana.)*

No encuentro nada, señor.

DON Búscale bien, que por ahí ha de estar.
DIEGO

SIMÓN ¿Le tiraron desde la calle?

DON Sí... ¿Qué amante es éste?... ¡Y dieciséis

DIEGO años y

criada en un convento! Acabó ya toda mi
ilusión.

SIMÓN Aquí está.

(Halla la carta, y se la da a DON DIEGO.)

DON Vete abajo, y enciende una luz... En la

DIEGO

caballeriza o en la cocina... Por ahí habrá
algún
farol... Y vuelve con ella al instante.

(Vase SIMÓN por la puerta del foro.)

Escena cuarta

DON ¿Y a quién debo culpar?
DIEGO

(Apoyándose en el respaldo de una silla.)

¿Es ella la delincuente, o su madre, o sus
tías, o yo?...

¿Sobre quién..., sobre quién ha de caer esta
cólera,
que por más que lo procuro no la sé
reprimir?... ¡La
naturaleza la hizo tan amable a mis ojos!...
¡Qué
esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué
felicidades me prometía!... ¡Celos...! ¿Yo...?
¡En
qué edad tengo celos...! Vergüenza es... Pero
esta inquietud que yo siento, esta
indignación,
estos deseos de venganza, ¿de qué
provienen?
¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece
que...
*(Advirtiendo que suena ruido en la puerta
del
cuarto de DOÑA FRANCISCA, se retira a
un
extremo del teatro.)*
Sí.

Escena quinta

DON DIEGO, RITA, SIMÓN

RITA Ya se han ido...

(Observa, escucha, asómate después a la ventana

y busca la carta por el suelo.)

¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picarón... ¡Pobrecita de mi alma!...

Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen

por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! ¿Y este maldito papel?... Pues buena

la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras y todo mentira.

SIMÓN Ya tenemos luz.

(Sale con luz. RITA se sorprende.)

RITA ¡Perdida soy!

DON (Acercándose.) ¡Rita! ¿Pues tú aquí?
DIEGO

RITA Sí, señor, porque...

DON ¿Qué buscas a estas horas?
DIEGO

RITA Buscaba... Yo le diré a usted... Porque oímos
un
ruido muy grande...

SIMÓN ¿Sí, eh?

RITA Cierto... Un ruido y... Y mire usted
(Alza la jaula, que está en el suelo),
era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no
tiene duda...
¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No,
vivo

está, vaya... Algún gato habrá sido. Preciso.

SIMÓN Si, algún gato.

RITA ¡Pobre animal! ¡Y qué asustadillo se conoce
que
está todavía!

SIMÓN Y con mucha razón... ¿No te parece, si le
hubiera pillado el gato?...

RITA Se le hubiera comido.
(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMÓN Y sin pebre... Ni plumas hubiera dejado.

DON Tráeme esa luz.
DIEGO

RITA ¡Ah! Deje usted, encenderemos ésta

(Enciende la vela que está sobre la mesa),
que ya lo que no se ha dormido...

DON Y doña Paquita, ¿duerme?
DIEGO

RITA Sí, señor.

SIMÓN Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON Vamos.
DIEGO

(Se entra en su cuarto. SIMÓN va con él, llevándose una de las luces.)

Escena sexta

DOÑA FRANCISCA, RITA

DOÑA FRANCISCA *(Saliendo de su cuarto.)*
¿Ha parecido el papel?

RITA No, señora.

DOÑA FRANCISCA ¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una

luz, y me hallé de repente, como por máquina,
entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber
qué disculpa darles.

(Coge la luz y vuelve a buscar la carta, cerca de la ventana.)

DOÑA FRANCISCA Ellos eran sin duda... Aquí estarían cuando yo

hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?...

RITA Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único

que faltaba a mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA ¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA Sin haberse explicado este hombre, ni decir

siquiera...

DOÑA
FRANCISCA Cuando iba a hacerlo, me avisaste, y fue preciso

retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me
habló, qué agitación mostraba? Me dijo que en
aquella carta vería yo los motivos justos que le
precisaban a volverse; que la había escrito para
dejársela a persona fiel que la pusiera en mis
manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre
aleve que prometió lo que no pensaba cumplir...
Vino, halló un competidor, y diría: Pues yo,
¿para qué he de molestar a nadie ni hacerme
ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas
mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo...
Primero

es mi tranquilidad que la vida de esa
infeliz.
¡Dios mío, perdón!... ¡Perdón de haberle
querido tanto!

RITA ¡Ay, señorita!

***(Mirando hacia el cuarto de DON
DIEGO.)***

Que parece que salen ya.

DOÑA
FRANCISCA No importa, déjame.

RITA Pero si don Diego la ve a usted de esa
manera...

DOÑA
FRANCISCA Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo
temer?...

¿Y piensas tú que tengo alientos para
levantarme?... Que vengan, nada
importa.

Escena séptima

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA, SIMÓN, RITA

SIMÓN Voy enterado, no es menester más.

DON DIEGO Mira, y haz que ensillen
inmediatamente al

Moro, mientras tú vas allá. Si han
salido,
vuelves, montas a caballo y en una
buena
carrera que des, los alcanzas... Los dos
aquí,
¿eh...? Conque, vete, no se pierda
tiempo.

*(Después de hablar los dos, junto al cuarto de DON
DIEGO,
se va SIMÓN por la puerta del foro.)*

SIMÓN Voy allá.

DON DIEGO Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA
FRANCISCA Sí, señor.

DON DIEGO ¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA
FRANCISCA No, señor... **(A RITA.)** Mejor es que
vayas allá,

por si ha despertado y se quiere vestir.

(RITA se va al cuarto de DOÑA IRENE.)

Escena octava 1

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA

DON DIEGO ¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO Tampoco.

DOÑA FRANCISCA Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO ¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA Alguna cosa.

DON DIEGO ¿Qué siente usted?

(Siéntase junto a DOÑA FRANCISCA.)

DOÑA FRANCISCA No es nada... Así un poco de...
Nada... no tengo nada.

DON DIEGO Algo será; porque la veo a usted muy
abatida,

llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted,
Paquita?
¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA Sí, señor.

DON DIEGO Pues ¿por qué no hace usted más
confianza de

mí? ¿Piensa usted que no tendré yo
mucho gusto
en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA
FRANCISCA Ya lo sé.

DON DIEGO ¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted
un amigo,

no desahoga con él su corazón?

DOÑA
FRANCISCA Porque eso mismo me obliga a callar.

DON DIEGO Eso quiere decir que tal vez soy yo la
causa de

su pesadumbre de usted.

DOÑA
FRANCISCA No, señor; usted en nada me ha
ofendido... No

es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted
acá...

(Acércase más.) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación... Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejaran a usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA Ni con otro.

DON DIEGO ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA No, señor; no, señor.

DON DIEGO Mírelo usted bien.

DOÑA
FRANCISCA ¿No le digo a usted que no?

DON DIEGO ¿Y he de creer, por dicha, que conserve
usted tal

inclinación al retiro en que se ha criado,
que
prefiera la austeridad del convento a
una vida más...?

DOÑA
FRANCISCA Tampoco; no, señor... Nunca he pensado
así.

Escena octava 2

DON DIEGO No tengo empeño de saber más... Pero
de todo

lo que acabo de oír resulta una
gravísima
contradicción. Usted no se halla
inclinada al
estado religioso, según parece. Usted
me
asegura que no tiene queja ninguna de
mí, que
está persuadida de lo mucho que la
estimo, que
no piensa casarse con otro, ni debo
recelar que
nadie me dispute su mano... Pues ¿qué
llanto es
ése? ¿De dónde nace esa tristeza
profunda, que
en tan poco tiempo ha alterado su
semblante de
usted, en términos que apenas le
reconozco?
¿Son éstas las señales de quererme
exclusivamente a mí, de casarse
gustosa
conmigo dentro de pocos días? ¿Se
anuncian así
la alegría y el amor?

(Vase iluminando lentamente del teatro,

suponiendo que viene la luz del día.)

DOÑA FRANCISCA Y ¿qué motivos le he dado a usted para tales

desconfianzas?

DON DIEGO Pues ¿qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO ¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA Después..., y mientras me dure la vida,
seré mujer de bien.

DON DIEGO Eso no lo puedo yo dudar... Pero si
usted me

considera como el que ha de ser hasta
la muerte
su compañero y su amigo, dígame
usted: estos
títulos, ¿no me dan algún derecho para
merecer
de usted mayor confianza? ¿No he de
lograr que
usted me diga la causa de su dolor? Y
no para
satisfacer una impertinente curiosidad,
sino para
emplearme todo en su consuelo, en
mejorar su
suerte, en hacerla dichosa, si mi conato
y mis
diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA ¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO ¿Por qué?

DOÑA
FRANCISCA Nunca diré por qué.

DON DIEGO Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!...

Quando usted misma debe presumir
que no
estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA
FRANCISCA Si usted lo ignora, señor don Diego,
por Dios no

finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe
usted, no
me lo pregunte.

DON DIEGO Bien está. Una vez que no hay nada
que decir,

que esa aflicción y esas lágrimas son
voluntarias, hoy llegaremos a Madrid,
y dentro
de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA
FRANCISCA Y daré gusto a mi madre.

DON DIEGO Y vivirá usted infeliz.

DOÑA
FRANCISCA Ya lo sé.

Escena octava 3

DON DIEGO Ve aquí los frutos de la educación.
Esto es lo

que se llama criar bien a una niña:
enseñarla a
que desmienta y oculte las pasiones
más
inocentes con una pérfida

disimulación. Las
juzgan honestas luego que las ven
instruidas en
el arte de callar y mentir. Se obstinan
en que el
temperamento, la edad ni el genio no
han de
tener influencia alguna en sus
inclinaciones, o
en que su voluntad ha de torcerse al
capricho de
quien las gobierna. Todo se las
permite, menos
la sinceridad. Con tal que no digan lo
que
sienten, con tal que finjan aborrecer lo
que más
deseen, con tal que se presten a
pronunciar,
cuando se lo manden, un sí perjuro,
sacrílego,
origen de tantos escándalos, ya están
bien
criadas, y se llama excelente
educación la que
inspira en ellas el temor, la astucia y el
silencio
de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de

nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DON DIEGO Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted

se anime... Si la ve a usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA ¡Dios mío!

DON DIEGO Si, Paquita; conviene mucho que usted vuelva

un poco sobre sí... No abandonarse tanto...
Confianza en Dios... Vamos, que no siempre
nuestras desgracias son tan grandes como la
imaginación las pinta... ¡Mire usted qué
desorden éste! ¡Qué agitación! ¡Qué lágrimas!
Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así...
con cierta serenidad y...? ¿Eh?

DOÑA FRANCISCA Y usted, señor... Bien sabe usted el
genio de mi

madre. Si usted no me defiende, ¿a
quién he de
volver los ojos? ¿Quién tendrá
compasión de
esta desdichada?

DON DIEGO Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo
es

posible que yo la abandonase....
¡criatura!..., en
la situación dolorosa en que la veo?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA ¿De veras?
FRANCISCA

DON DIEGO Mal conoce usted mi corazón.

DOÑA Bien le conozco.
FRANCISCA

*(Quiere arrodillarse; DON DIEGO se lo estorba,
y ambos se levantan.)*

DON DIEGO ¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad

una mujer tan ingrata para con usted!...
No,
ingrata no: infeliz... ¡Ay, qué infeliz
soy, señor
don Diego!

DON DIEGO Yo bien sé que usted agradece como puede el

amor que la tengo... Lo demás todo ha
sido...,
¿qué sé yo?..., una equivocación mía, y
no otra
cosa... Pero usted, ¡inocente!, usted no
ha tenido
la culpa.

DOÑA FRANCISCA Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO Ahora no, Paquita. Dentro de un rato
iré por

allá.

DOÑA Vaya usted presto.
FRANCISCA

(Encaminándose al cuarto de DOÑA IRENE, vuelve y se despide de DON DIEGO besándole las manos.)

DON DIEGO Sí, presto iré.

Escena nona

DON DIEGO, SIMÓN

SIMÓN Ahí están, señor.

DON ¿Qué dices?

DIEGO

SIMÓN Cuando yo salía de la Puerta, los vi a lo
 lejos,

 que iban ya de camino. Empecé a dar voces
 y
 hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y
 apenas llegué y le dije al señorito lo que
 usted
 mandaba, volvió las riendas, y está abajo.
 Le
 encargué que no subiera hasta que le
 avisara yo,
 por si acaso había gente aquí, y usted no
 quería
 que le viesen.

DON Y ¿qué dijo cuando le diste el recado?
DIEGO

SIMÓN Ni una sola palabra... Muerto viene... ya
 digo, ni

 una sola palabra... A mí me ha dado
 compasión

el verle así tan...

DON No me empieces ya a interceder por él.
DIEGO

SIMÓN ¿Yo, señor?

DON Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasión!...
DIEGO
 Es un pícaro...

SIMÓN Como yo no sé lo que ha hecho...

DON Es un bribón, que me ha de quitar la vida...
DIEGO
 Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMÓN Bien está, señor.

(Vase por la puerta del foro. DON DIEGO se sienta,

manifestando inquietud y enojo.)

DON Dile que suba.
DIEGO

Escena décima 1

DON DIEGO, DON CARLOS

DON Venga usted acá, señorito, venga usted...
DIEGO ¿En

dónde has estado desde que no nos
vemos?

DON En el mesón de afuera.
CARLOS

DON Y no has salido de allí en toda la noche,
DIEGO ¿eh?

DON
CARLOS Sí, señor, entré en la ciudad y...

DON
DIEGO ¿A qué?... Siéntese usted.

DON
CARLOS Tenía precisión de hablar con un sujeto...
(Siéntase.)

DON
DIEGO ¡Precisión!

DON
CARLOS Sí, señor... le debo muchas atenciones, y
no era
posible volverme a Zaragoza sin estar
primero
con él.

DON
DIEGO Ya. En habiendo tantas obligaciones de
por

medio... Pero venirle a ver a las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo...
¿Por
qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de
tener... Con este papel que le hubieras enviado
en mejor ocasión, no había necesidad de hacerle
trasnochar, ni molestar a nadie.

(Dándole el papel que tiraron a la ventana. DON CARLOS, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)

DON Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me
CARLOS llama?

¿Por qué no me permite seguir mi camino,
y se
evitaría una contestación de la cual ni
usted ni
yo quedaremos contentos?

DON Quiere saber su tío de usted lo que hay en

DIEGO esto,

y quiere que usted se lo diga.

DON ¿Para qué saber más?
CARLOS

DON Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!
DIEGO

DON Bien está.
CARLOS

DON Siéntate ahí... (*Siéntase DON CARLOS.*)
DIEGO ¿En

dónde has conocido a esta niña?... ¿Qué
amor es
éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido?...
¿Qué
obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde,
cuándo
la viste?

DON Volviéndome a Zaragoza el año pasado,
CARLOS llegué a

Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero
el
intendente, en cuya casa de campo nos
apeamos,
se empeñó en que había de quedarme allí
todo
aquel día, por ser cumpleaños de su
parienta,
prometiéndome que al siguiente me
dejaría
proseguir mi viaje. Entre las gentes
convidadas
hallé a doña Paquita, a quien la señora
había
sacado aquel día del convento para que se
esparciese un poco... Yo no sé qué vi en
ella,
que excitó en mí una inquietud, un deseo
constante, irresistible, de mirarla, de oírla,
de
hallarme a su lado, de hablar con ella, de
hacerme agradable a sus ojos... El
intendente
dijo entre otras cosas... burlándose... que
yo era
muy enamorado, y le ocurrió fingir que

me
llamaba don Félix de Toledo, nombre que
dio
Calderón a algunos amantes de sus
comedias.
Yo sostuve esta ficción, porque desde
luego
concebí la idea de permanecer algún
tiempo en
aquella ciudad, evitando que llegase a
noticia de
usted... Observé que doña Paquita me trató
con
un agrado particular, y cuando por la
noche nos
separamos, yo me quedé lleno de vanidad
y de
esperanzas, viéndome preferido a todos
los
concurrentes de aquel día, que fueron
muchos.
En fin... Pero no quisiera ofender a usted
refiriéndole...

Escena décima 2

DON Prosigue.
DIEGO

DON Supe que era hija de una señora de
CARLOS Madrid,

viuda y pobre, pero de gente muy
honrada... Fue
necesario fiar de mi amigo los proyectos
de
amor que me obligaban a quedarme en su
compañía; y él, sin aplaudirlos ni
desaprobarlos,
halló disculpas, las más ingeniosas, para
que
ninguno de su familia extrañara mi
detención.
Como su casa de campo está inmediata a
la
ciudad, fácilmente iba y venía de noche...
Logré
que doña Paquita leyese algunas cartas
mías; y
con las pocas respuestas que de ellas tuve,
acabé
de precipitarme en una pasión que
mientras viva

me hará infeliz.

DON Vaya... Vamos, sigue adelante.
DIEGO

DON Mi asistente (que como usted sabe, es
CARLOS hombre
de travesura, y conoce el mundo), con mil
artificios que a cada paso le ocurrían,
facilitó
los muchos estorbos que al principio
hallábamos... La seña era dar tres
palmadas, a
las cuales respondían con otras tres desde
una
ventanilla que daba al corral de las
monjas.
Hablábamos todas las noches, muy a
deshora,
con el recato y las precauciones que ya se
dejan
entender... Siempre fui para ella don Félix
de
Toledo, oficial de un regimiento, estimado
de
mis jefes y hombre de honor. Nunca la

dije más,
ni la hablé de mis parientes ni de mis
esperanzas, ni la di a entender que
casándose
conmigo podría aspirar a mejor fortuna;
porque
ni me convenía nombrarle a usted, ni
quise
exponerla a que las miras de interés, y no
el
amor, la inclinasen a favorecerme. De
cada vez
la hallé más fina, más hermosa, más digna
de
ser adorada... Cerca de tres meses me
detuve
allí; pero al fin era necesario separarnos, y
una
noche funesta me despedí, la dejé rendida
a un
desmayo mortal, y me fui, ciego de amor,
adonde mi obligación me llamaba... Sus
cartas
consolaron por algún tiempo mi ausencia
triste,
y en una que recibí pocos días ha, me dijo
cómo
su madre trataba de casarla, que primero
perdería la vida que dar su mano a otro

que a
mí; me acordaba mis juramentos, me
exhortaba
a cumplirlos... Monté a caballo, corrí
precipitado el camino, llegué a
Guadalajara, no
la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo
sabe
usted, no hay para qué decírselo.

DON ¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta
DIEGO venida?

DON Consolarla, jurarla de nuevo un eterno
CARLOS amor,

pasar a Madrid, verle a usted, echarme a
sus
pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle,
no
riquezas, ni herencias, ni protecciones,
ni... eso
no... Sólo su consentimiento y su
bendición para
verificar un enlace tan suspirado, en que
ella y

yo fundábamos toda nuestra felicidad.

Escena décima 3

DON
DIEGO Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de
pensar

muy de otra manera.

DON
CARLOS Sí, señor.

DON
DIEGO Si tú la quieres, yo la quiero también. Su
madre

y toda su familia aplauden este casamiento.
Ella... y sean las que fueren las promesas
que a
ti te hizo... ella misma, no ha media hora,
me ha
dicho que está pronta a obedecer a su
madre y
darme la mano, así que...

DON CARLOS Pero no el corazón. (*Levántase.*)

DON DIEGO ¿Qué dices?

DON CARLOS No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará

sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas

a un
amigo ausente.

DON ¿Qué temeridad es ésta?
DIEGO

*(Se levanta con mucho enojo, encaminándose
hacia DON CARLOS, que se va retirando.)*

DON Ya se lo dije a usted... Era imposible que
CARLOS yo

 hablase una palabra sin ofenderle... Pero,
 acabemos esta odiosa conversación... Viva
 usted
 feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le
 he
 querido disgustar... La prueba mayor que
 yo
 puedo darle de mi obediencia y mi respeto,
 es la
 de salir de aquí inmediatamente... Pero no
 se me
 niegue a lo menos el consuelo de saber que

usted me perdona.

DON ¿Con que, en efecto, te vas?
DIEGO

DON Al instante, señor... Y esta ausencia será
CARLOS bien

 larga.

DON ¿Por qué?
DIEGO

DON Porque no me conviene verla en mi vida...
CARLOS Si las

 voces que corren de una próxima guerra se
 llegaran a verificar... entonces...

DON ¿Qué quieres decir?
DIEGO

***(Asiendo de un brazo a DON CARLOS
le hace venir más adelante.)***

DON CARLOS Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO ¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decírmelo?

DON CARLOS Alguien viene...

(Mirando con inquietud hacia el cuarto de DOÑA IRENE, se desprende de DON DIEGO, y hace que se va por la puerta del foro. DON DIEGO va detrás de él y quiere detenerle.)

Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO ¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CARLOS Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.

DON DIEGO Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS Pero si...

DON DIEGO Haz lo que te mando.

(Éntrese DON CARLOS en el cuarto de DON DIEGO.)

Escena undécima 1

DOÑA IRENE, DON DIEGO

DOÑA Conque, señor don Diego, ¿es ya la de

IRENE vámonos?... Buenos días... (Apaga la luz que
está sobre la mesa.) ¿Reza usted?

DON Sí, para rezar estoy ahora.
DIEGO

(Paseándose con inquietud.)

DOÑA Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo
IRENE el

chocolate y que avisen al mayoral para que
enganchen luego que... Pero, ¿qué tiene
usted,
señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON Sí, no deja de haber novedades.
DIEGO

DOÑA Pues ¿qué?... Dígalo usted, por Dios...
IRENE ¡Vaya,

vaya!... No sabe usted lo asustada que
estoy...

Cualquiera cosa, así, repentina, me
remueve
toda y me... Desde el último mal parto que
tuve,
quedé tan sumamente delicada de los
nervios...
Y va ya para diez y nueve años, si no son
veinte; pero desde entonces, ya digo,
cualquiera
friolera me trastorna... Ni los baños, ni
caldos
de culebra, ni la conserva de tamarindos;
nada
me ha servido; de manera que...

DON VAMOS, ahora no hablemos de malos partos
DIEGO ni de

conservas... Hay otra cosa más importante
de
que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA Están recogiendo la ropa y haciendo el
IRENE cofre

para que todo esté a la vela, y no haya
detención.

DON
DIEGO Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que
asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos*)
por
nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos
abandone el juicio cuando más lo
necesitamos...
Su hija de usted está enamorada...

DOÑA
IRENE ¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí
señor que

lo está; y bastaba que yo lo dijese para
que...

DON
DIEGO ¡Este vicio maldito de interrumpir a cada
paso!

Déjeme usted hablar.

DOÑA
IRENE Bien, vamos, hable usted.

DON
DIEGO Está enamorada; pero no está enamorada
de mí.

DOÑA
IRENE ¿Qué dice usted?

DON
DIEGO Lo que usted oye.

DOÑA
IRENE Pero, ¿quién le ha contado a usted esos
disparates?

DON
DIEGO Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo
ha

contado, y cuando se lo digo a usted, bien
seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué
llanto es éste?

DOÑA
IRENE **(Llora.)** ¡Pobre de mí!

DON
DIEGO ¿A qué viene eso?

DOÑA
IRENE ¡Porque me ven sola y sin medios, y
 porque soy

una pobre viuda, parece que todos me
desprecian y se conjuran contra mí!

DON
DIEGO Señora doña Irene...

DOÑA
IRENE Al cabo de mis años y de mis achaques,
 verme

tratada de esta manera, como un estropajo,
como una puerca cenicienta, vamos al
decir...

¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame
Dios!...

¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el
último
difunto que me viviera, que tenía un genio
como
una serpiente...

Escena undécima 2

DON DIEGO Mire usted, señora, que se me acaba ya la
paciencia.

DOÑA IRENE Que lo mismo era replicarle que se ponía
hecho

una furia del infierno, y un día del Corpus,
yo
no sé por qué friolera, hartó de mojicones
a un
comisario ordenador, y si no hubiera sido
por
dos padres del Carmen, que se pusieron de
por
medio, le estrella contra un poste en los
portales
de Santa Cruz.

DON DIEGO Pero ¿es posible que no ha de atender
usted a lo

que voy a decirla?

DOÑA ¡Ay! No señor, que bien lo sé, que no tengo
IRENE pelo

de tonta, no, señor... Usted ya no quiere a
la
niña, y busca pretextos para zafarse de la
obligación en que está... ¡Hija de mi alma
y de
mi corazón!

DON Señora doña Irene, hágame usted el gusto
DIEGO de

oírme, de no replicarme, de no decir
despropósitos, y luego que usted sepa lo
que
hay, llore y gima y grite, y diga cuanto
quiera...
Pero, entretanto, no me apure usted el
sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA Diga usted lo que le dé la gana.
IRENE

DON Que no volvamos otra vez a llorar y a...

DIEGO

DOÑA No, señor, ya no lloro.

IRENE

(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DON Pues hace ya cosa de un año, poco más o
DIEGO menos,

que doña Paquita tiene otro amante. Se han
hablado muchas veces, se han escrito, se
han
prometido amor, fidelidad, constancia... Y
por
último, existe en ambos una pasión tan
fina, que
las dificultades y la ausencia, lejos de
disminuirla, han contribuido eficazmente a
hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es
IRENE un

chisme inventado por alguna mala lengua
que

no nos quiere bien?

DON Volvemos otra vez a lo mismo... No,
DIEGO señora, no

es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA ¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza
IRENE tiene

eso de verdad? ¡Conque la hija de mis
entrañas,
encerrada en un convento, ayunando los
siete
reviernes, acompañada de aquellas santas
religiosas!... ¡Ella, que no sabe lo que es
mundo,
que no ha salido todavía del cascarón,
como
quien dice!... Bien se conoce que no sabe
usted
el genio que tiene Circuncisión... ¡Pues
bonita
es ella para haber disimulado a su sobrina
el
menor desliz!

DON Aquí no se trata de ningún desliz, señora
DIEGO doña

Irene; se trata de una inclinación honesta,
de la
cual hasta ahora no habíamos tenido
antecedente
alguno. Su hija de usted es una niña muy
honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo
que
digo es que la madre Circuncisión, y la
Soledad,
y la Candelaria, y todas las madres, y
usted, y
yo el primero, nos hemos equivocado
solemnemente. La muchacha se quiere
casar con
otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde;
usted ha contado muy de ligero con la
voluntad
de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos?
Lea
usted ese papel, y verá si tengo razón.

*(Saca el papel de DON CARLOS y se le da a DOÑA
IRENE. Ella, sin leerle, se levanta muy agitada,
se acerca a la puerta de su cuarto y llama.*

Levántase DON DIEGO y procura en vano contenerla.)

DOÑA ¡Yo he de volverme loca!...

IRENE ¡Francisquita!...

 ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON Pero, ¿a qué es llamarlas?
DIEGO

DOÑA Sí, señor; que quiero que venga y que se
IRENE desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a
DIEGO quien se
 fía de la prudencia de una mujer.

Escena duodécima

**DOÑA FRANCISCA, DOÑA IRENE, DON DIEGO,
RITA**

(Salen DOÑA FRANCISCA y RITA de su cuarto.)

RITA Señora.

DOÑA ¿Me llamaba usted?
FRANCISCA

DOÑA Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos
IRENE trata

de un modo que ya no se puede aguantar.
¿Qué
amores tienes, niña? ¿A quién has dado
palabra
de matrimonio? ¿Qué enredos son
éstos?... Y tú,
picarona... Pues tú también lo has de
saber... Por
fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este
papel?
¿Qué dice?...

(Presentando el papel abierto a DOÑA FRANCISCA.)

RITA ***(Aparte a Doña Francisca)*** Su letra es.

DOÑA FRANCISCA ¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple
usted su palabra?

DON DIEGO Bien sabe Dios que no tengo la culpa...
Venga
usted aquí...
(Tomando de una mano a DOÑA FRANCISCA, la pone a su lado.)
No hay que temer... Y usted, señora,
escuche y calle, y no
me ponga en términos de hacer un
desatino...
Deme usted ese papel...

(Quitándola el papel de las manos a DOÑA IRENE.)

Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA
FRANCISCA

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO

Pues éste es el papel que tiraron a la ventana...

No hay que asustarse, ya lo he dicho.

(Lee.)

«Bien mío: si no consigo hablar con usted, haré

lo posible para que llegue a sus manos esta

carta. Apenas me separé de usted, encontré en la

posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle

no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que

saliera inmediatamente de la ciudad, y fue preciso obedecerle. Yo me llamo don

Carlos, no

don Félix. Don Diego es mi tío. Viva usted

dichosa y olvide para siempre a su infeliz amigo. Carlos de Urbina.»

DOÑA ¿Conque hay eso?
IRENE

DOÑA ¡Triste de mí!
FRANCISCA

DOÑA ¿Conque es verdad lo que decía el señor,
IRENE grandísima picarona? Te has de acordar
 de mí.

*(Se encamina hacia DOÑA FRANCISCA, muy
colérica, y en ademán de querer maltratarla.
RITA y DON DIEGO lo estorban.)*

DOÑA ¡Madre!... ¡Perdón!
FRANCISCA

DOÑA No, señor, que la he de matar.
IRENE

DON DIEGO ¿Qué locura es ésta?

DOÑA He de matarla.
IRENE

Escena treceava

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA

(Sale DON CARLOS del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a DOÑA FRANCISCA, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. DOÑA IRENE se asusta y se retira.)

DON CARLOS Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA
FRANCISCA ¡Carlos!

DON CARLOS Disimule

(A DON DIEGO)

usted mi atrevimiento... He visto
que la insultaban, y no
me he sabido contener.

DOÑA IRENE ¿Qué es lo que me sucede Dios
mío?... ¿Quién

es usted?... ¿Qué acciones son
éstas?... ¡Qué
escándalo!

DON DIEGO Aquí no hay escándalos... Ese es de
quien su

hija de usted está enamorada...
Separarlos y
matarlos viene a ser lo mismo...
Carlos... No
importa... Abraza a tu mujer.

***(Se abrazan DON CARLOS y DOÑA FRANCISCA,
y después se arrodillan a los pies de DON DIEGO.)***

DOÑA IRENE ¿Conque su sobrino de usted?...

DON DIEGO Sí, señora, mi sobrino, que con sus
 palmadas, y

 su música, y su papel, me ha dado
 la noche más
 terrible que he tenido en mi vida...
 ¿Qué es esto,
 hijos míos, qué es esto?

DOÑA
FRANCISCA ¿Conque usted nos perdona y nos
 hace felices?

DON DIEGO. Sí,
 prendas de mi
 alma... Sí.

(Los hace levantar con expresión de ternura.)

DOÑA IRENE ¿Y es posible que usted se
determina a hacer un
sacrificio?...

DON DIEGO Yo pude separarlos para siempre, y
gozar

tranquilamente la posesión de esta
niña amable;
pero mi conciencia no lo sufre...
¡Carlos!...
¡Paquita!... ¡Qué dolorosa
impresión me deja en
el alma el esfuerzo que acabo de
hacer!...
Porque, al fin, soy hombre
miserable y débil.

DON CARLOS (*Besándole las manos.*)

Si nuestro amor, si nuestro
agradecimiento pueden bastar
a consolar a usted en tanta

pérdida...

DOÑA IRENE ¡Conque el bueno de don Carlos!
Vaya que...

DON DIEGO Él y su hija de usted estaban locos
de amor,

mientras que usted y las tías
fundaban castillos
en el aire, y me llenaban la cabeza
de ilusiones,
que han desaparecido como un
sueño... Esto
resulta del abuso de la autoridad,
de la opresión
que la juventud padece; estas son
las
seguridades que dan los padres y
los tutores, y
esto lo que se debe fiar en el sí de
las niñas...
Por una casualidad he sabido a
tiempo el error
en que estaba... ¡Ay de aquellos
que lo saben

tarde!.

DOÑA IRENE En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos

años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle.

(Abrazando a DON CARLOS.

DOÑA FRANCISCA se arrodilla y besa la mano a su madre.)

Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena elección has tenido...

Cierto que es un mozo galán...

Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la

niña... Señorita, un millón de besos.

(Se besan DOÑA FRANCISCA y RITA.)

DOÑA FRANCISCA Pero, ¿ves qué alegría tan grande?...

¡Y tú, como me quieres tanto!...
Siempre, siempre
serás mi amiga.

DON DIEGO Paquita hermosa

(Abraza a DOÑA FRANCISCA),
recibe los primeros abrazos de tu
nuevo padre...

No temo ya la soledad terrible que
amenazaba a mi vejez...

Vosotros

***(Asiendo de las manos a DOÑA
FRANCISCA y a DON CARLOS)***

seréis la delicia de mi corazón; y el
primer fruto de

vuestro amor... sí, hijos, aquél....

no hay remedio, aquél es para mí.

Y cuando le

acaricie en mis brazos, podré decir:
a mí me

debe su existencia este niño

inocente; si sus

padres viven, si son felices, yo he

sido la causa.

DON CARLOS ¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO Hijos, bendita sea la de Dios.

œ Fin œ

Sobre esta edición electrónica

Este libro electrónico proviene de la versión en español de la biblioteca digital [Wikisource](#)^[1]. Esta biblioteca digital multilingüe, realizada por voluntarios, tiene el objetivo de poner a disposición de todo el mundo el mayor número posible de documentos públicos de todo tipo (novelas, poesías, revistas, cartas, etc.).

Lo proporcionamos de manera gratuita gracias a que los textos utilizados son libres de derechos o están bajo licencia libre. Puede utilizar nuestros libros electrónicos de manera totalmente libre, con finalidades comerciales o no, respetando las cláusulas de la licencia [Creative Commons BY-SA 3.0](#)^[2] o, según sea, de la licencia [GNU FDL](#)^[3].

Wikisource está constantemente buscando nuevos colaboradores. No dude en colaborar con nosotros. A pesar de nuestro cuidado puede ser que se escape algún error en la transcripción del texto a partir del facsímil. Puede avisar de errores en [esta dirección](#)^[4].

Los siguientes contribuidores han permitido la realización de este libro:

- Shooke
- Cárdenas
- Ignacio Rodríguez
- Freddy eduardo
- LadyBots
- LadyInGrey

-
1. [↑ https://es.wikisource.org](https://es.wikisource.org)
 2. [↑ https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es)
 3. [↑ https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html](https://www.gnu.org/copyleft/fdl.html)
 4. [↑ https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error](https://es.wikisource.org/wiki/Ayuda:Informar_de_un_error)